

CAPÍTULO 2 UN CARISMA PARA LA MISIÓN

1. LA MISIÓN DE DIOS

El carisma marianista, un carisma para la misión, no es el monopolio de los religiosos; es vivido por todas las ramas de la Familia Marianista. La perspectiva en que hoy día se sitúa la identidad y misión de la Iglesia es *trinitaria* y no únicamente desde la persona de Jesús¹. Esa visión trinitaria de la historia de la salvación es muy marianista. Dios, desde toda la eternidad, elige a María para que sea la madre de su Hijo por obra del Espíritu. Dios es el sujeto activo de la misión. El es el que quiere salvar al mundo y el que lo salva (1Tm 2,4). Sin duda que para esta misión cuenta con nosotros. Pero el apóstol y el misionero son tan sólo pobres instrumentos en las manos de Dios. Dios despliega su poder a través de la debilidad del apóstol. Así se hace siempre realidad el que Dios quiso salvar al mundo a través del misterio de la cruz, símbolo de la debilidad y de la fuerza de Dios. (1 Cor 1,21-25). Es, por tanto, Dios el que tiene siempre la iniciativa y el que pone en el corazón de los hombres y de los pueblos el deseo de encontrar a Dios. Es Dios el que se ha puesto en movimiento hacia el hombre, enviando al Hijo y al Espíritu.

El Verbo y el Espíritu son las dos manos con las que Dios actúa en el mundo (S. Ireneo). Desde el inicio, la Palabra es la luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9). Las *semillas del Verbo* las encontramos en los diversos pueblos, culturas y religiones, sembradas por el Espíritu de Dios que sopla donde quiere (Jn 3,8).

Tenemos que profundizar el misterio de la *encarnación* contemplado en perspectiva marianista. Este misterio es el modelo de toda misión. En la misión se trata en efecto de dar a Jesús al mundo, de hacer que Jesús nazca en el corazón de cada pueblo y de cada cultura y religión. La encarnación no se reduce al hecho puntual de la concepción virginal de Jesús en el seno de María. Es la encarnación en una historia y una cultura: una inculturación. Es un proceso que culminó con la muerte y se sublimó con la resurrección. María está siempre asociada a ese proceso en el que está siempre actuando el Espíritu de Dios. Jesús es la persona sobre la que reposa el Espíritu, que lo ha ungido, es decir consagrado. Consagración y misión van unidas. Esa unción del Espíritu le da una sintonía especial con Dios y una fuerza extraordinaria para realizar una misión liberadora. Jesús fue concebido por obra del Espíritu. El Espíritu lo ungió para la misión mesiánica en el bautismo haciendo de él el servidor de Yavé. Eso le lleva a discernir el actuar de Dios rechazando un mesianismo puramente político y aceptando ser el Mesías sufriente. En virtud del Espíritu, se ofreció a sí mismo a la muerte (Hb 9,14) y fue resucitado por la potencia de ese mismo Espíritu. Ese mismo Espíritu continúa su obra en la Iglesia y en el mundo.

El Espíritu es el verdadero protagonista de la misión (RM 21). Actúa por medio de los apóstoles pero también en el corazón de los oyentes. Después de la resurrección y de la ascensión de Jesús, los apóstoles viven una experiencia que les transforma: la venida del Espíritu en Pentecostés (He 2). El Espíritu los convierte en testigos y

¹ Cf A. Bellagamba, *Mission and Ministry in the global Church*, Orbis Books, New York 1992; D.J. Bosch, *Transforming Mission. Paradigmatic Shifts in Theology of Mission*, Orbis Book, New York 1991; E. Bueno de la Fuente, *La Iglesia en la encrucijada de la misión*, Verbo Divino, Estella 1999; P. G. Hiebert-Ch. E. Engen, *Mission on the Way*, Baker Books, 1997; H. Maurier, *Les missions: religions et civilisations confrontées à l'universalisme*, Cerf, Paris 1993.

profetas, dándoles la audacia que les impulsa a transmitir a los demás la experiencia de Jesús. Es el Espíritu el que mueve a los apóstoles para ir más allá de los confines del mundo judío hasta los extremos del mundo. El Espíritu llevo a los primeros misioneros cristianos a entrar en diálogo con los otros pueblos, las otras culturas y las otras religiones. El Dios que anuncia el apóstol cristiano está ya presente en la vida de los oyentes. Es él quien los ha creado y dirige misteriosamente los pueblos y la historia. Sin embargo para encontrarlo es necesaria la conversión, el abandonar los ídolos y creer en el Dios verdadero (He 17,18-28).

El Espíritu mueve al grupo de creyentes a formar comunidad, a ser Iglesia. El es el que mantiene la unidad y diversidad en el Cuerpo de Cristo (1 Cor 12). Uno de los objetivos fundamentales de la misión es reunir al pueblo en la escucha del evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la eucaristía. Es el Espíritu el que crea esa comunión de corazones, de almas y de bienes (He 2,45; 4,32 ss). El Espíritu hacía de cada uno de los creyentes un misionero, un testigo del Señor Jesús.

El Espíritu está presente de manera especial en la Iglesia y en sus miembros. Pero la Iglesia no tiene el monopolio del Espíritu. Este actúa donde quiere y como quiere. Actúa en el corazón del hombre que existencialmente es una creatura religiosa. Actúa no sólo en el individuo sino también en la historia, en los pueblos, las culturas y las religiones (RM 28). El Espíritu está en el origen de todos los ideales nobles y de todas las iniciativas que buscan el bien del hombre.

La Iglesia continúa la acción de Jesús, el anuncio del Evangelio, de la Buena Noticia. Su misión consiste en evangelizar. La Iglesia tan sólo existe en cuanto evangeliza al mundo. No existe primero la Iglesia y luego la evangelización del mundo. Ni tampoco existe la Iglesia, que luego entra en relación con el mundo evangelizándolo. La Iglesia existe en el mundo y sin él, al que evangeliza, no existe la Iglesia. La Iglesia y el mundo están implicados en la misma historia humana.

El horizonte de la misión de la Iglesia es el reino de Dios, es decir, una comunidad de libertad y de fraternidad, de justicia y de amor. El reino de Dios y la Iglesia están íntimamente relacionados entre sí. No deberían ni ser identificados, ni separados (RM 17-20). El reino de Dios es una realidad mucho más amplia que la Iglesia visible, institucional. La Iglesia es peregrina, pecadora y limitada en sus expresiones, pero está en camino hacia la plenitud del reino de Dios. Ella lo proclama y busca realizarlo siendo símbolo y servidora del mismo, consciente al mismo tiempo de que no monopoliza la acción de Dios en el mundo a través de Cristo y del Espíritu (RM 28-29).

El protagonista de la misión es Dios. Los hombres colaboramos con él, a veces entorpecemos su acción. La misión es movimiento de los pueblos suscitado por el Espíritu. Los pueblos están en misión. La misión no es monopolio de la Iglesia. Es la misión del reino de Dios, que está fermentando, que está movilizando el mundo. Hay una especie de movida que va orientada hacia el reino de Dios. La Iglesia está metida en esa movida. Dentro de la Iglesia hay muchos grupos que están en ese movimiento. Entonces participan de la gran inspiración de los pueblos, de las personas, de la inspiración de la Iglesia de Jesús. La misión empieza, pues, con la contemplación del misterio de Dios en la historia (Ef 1,3-10). Ya que la acción de Dios se mezcla con el pecado, nuestra contemplación debe discernir. Este esfuerzo de caminar con Dios y con los demás en la plenitud del pan de Dios para el universo hace de nuestra misión una peregrinación (RM 20). Los pueblos están en movimiento y Dios, María, la Iglesia, la Familia Marianista, acompañan esa movida participando en ella. María, como Jesús y los apóstoles, está siempre en camino; ella avanzaba en la peregrinación de la fe (LG 58). La escena típica es la de la visitación. María se pone en camino para acompañar a

Isabel. María lleva a Jesús en su seno. Pero el Espíritu que había fecundado a María, también está actuando en Isabel que percibe el misterio de María. Ambas comparten sus experiencias de Dios y María interpretará toda la historia de la salvación como la realización de la promesa de Dios a Abraham y a su descendencia, es decir a todos los que creen.

2. LA MOVIDA DE LOS PUEBLOS

Nuestro mundo es un mundo en cambio acelerado. No se trata de una época de cambios sino de un *cambio de época*, con un cambio de paradigma cultural y de pensamiento². Todavía no sabemos lo que supondrá el 11 de septiembre del 2001 y la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York. Parece que nada será igual que antes. Confiemos que nuestro mundo abra los ojos a la realidad de la injusticia para emprender la construcción de la solidaridad, de la justicia y la paz y de la salvaguarda de la creación. Juan Pablo II ha sido muy consciente de lo que representa el cambio de milenio y las nuevas exigencias para nuestro mundo.

El cambio del paradigma cultural se expresa en el paso de la modernidad a la posmodernidad, fenómeno todavía difícil de interpretar. El signo distintivo de la modernidad es la legitimación de un cambio continuo. En esta perspectiva, es difícil imaginarse elementos de contenido y valores universales. Esto representa un reto al cristianismo en tres campos:

1) Modernidad y tradición. Con un cambio acelerado, legitimado por sí mismo, no hay tiempo para las experiencias de la continuidad y de los procesos de tradición necesarios para la edificación de entornos sociales sólidos y de la propia identidad.

2) Modernidad y esperanza. En esta perspectiva no sólo el concepto de tradición sino también el de promesa y esperanza pierden su sentido. No hay manera de comprender la opción cristiana como una opción por la venida del reino y por la voluntad de paz, de justicia y de vida precisamente a favor de los que en la historia están precisamente excluidos de estos bienes. Nuestra esperanza vive de estas opciones decisivas, mantenidas a pesar de todas las desilusiones, y también vividas de una manera comprometida.

3) Pluralismo moderno y pretensión de la validez universal de la fe. Esta visión comporta una legitimación de un pluralismo cultural y de visiones del mundo perceptibles en todos los niveles: en la familia, en la enseñanza, en los medios de comunicación, en las comunidades religiosas, etc. Hay una pluralidad de sistema de valores y el individuo debe elegir constantemente. No existe ya una jerarquía de valores universalmente admitida, como existió hasta los años '60, heredada del cristianismo. Hoy día toda pretensión de verdad incondicionada viene acusada de ideología o de fundamentalismo. Todo lo más que se admite socialmente es una especie de

² Cf. G. Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona 1986, p. 51; cf. F. A. de Orizo, *Los nuevos valores de los españoles*, Madrid 1991; L. González Carvajal, *Ideas y creencias del hombre actual*, Santander 1991; del mismo., *Evangelizar en un mundo poscristiano*, Santander 1993; del mismo., "Posmodernidad", en M. Moreno Villa, *Diccionario de Pensamiento Contemporáneo*, Madrid 1997, ps 968-973; J. Martín Velasco, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993; *La globalización y sus excluidos*, Foro "Ignacio Ellacuría", Estella 2000; J. Brecher, T. Costello, and B. Smith, *Globalization from below*, Cambridge Mass., 2000; de los mismos autores, *Global Village or Global Pillage: Economic Reconstruction from the Bottom Up*, South End, 2 ed., 1998; A. Giddens, *Il mondo che cambia: come la globalizzazione ridisegna la nostra vita*, Bologna 2000 (original: *Runaway World*); M. G. Wilson and E. Whitmore, *Seeds of Fire: Social Development in an Era of Globalism*, Fernwood 2000.

agnosticismo respecto a las visiones del mundo. Las pretensiones de la Iglesia de que la fe cristiana y su interpretación del mundo, con el consiguiente poder de establecer normas universalmente válidas para el comportamiento moral, no encuentran acogida en el conjunto de la sociedad. Hoy el individuo queda remitido a su propia conciencia en cuanto tal, y no como conciencia que se orienta hacia unas normas dadas y aceptadas. El *yo mismo* está en la cima de la jerarquía de importancia de los valores y por eso la afirmación de sí y la referencia a sí mismo constituye una nueva forma de religiosidad.

La religión, pues, no sólo no ha desaparecido sino que vuelve a veces de manera virulenta en formas de fundamentalismos y de religiosidad por libre no eclesializada.

2.1 La cultura dominante

Si hablamos sobre todo de la cultura occidental, lo hacemos porque es la que vivimos aquí en Europa y Estados Unidos. Es una cultura que aspira a imponerse universalmente pues cree que sus valores son universales. Quizás no pase de ser un cierto etnocentrismo, tan dogmático como cuando la Iglesia quiere imponer su visión del mundo. En una descripción de la cultura actual en la que tenemos la dicha de vivir, la primera cosa que hay que decir con el Vaticano II es todo lo que la Iglesia está recibiendo de ella. Esto implica una aceptación, sin duda crítica, de la nueva realidad surgida a partir de los años '60, reconociendo la justa autonomía de las realidades temporales. Esta perspectiva nos ha llevado también a interpretar nuestros orígenes y confesar el pecado de una Iglesia que, en general, no supo leer entonces los signos de los tiempos. La Iglesia recibe mucho del mundo. Con la ciencia, la filosofía y las diferentes formas de cultura se abren nuevos caminos hacia la verdad, que aprovechan también a la Iglesia. Las diversas culturas en las que se expresa la fe enriquecen esta fe. La Iglesia al disponer de una estructura social visible puede enriquecerse con la evolución de la vida social humana (GS 44).

En segundo lugar es necesario reconocer los valores auténticos presentes en nuestras culturas y estructuras sociales, que a veces comportan sus dificultades (GS 4-9). En buena medida nuestro mundo ha sido formado por los valores evangélicos, que se expresaron en la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad, y que han dado lugar a formas democráticas de gobierno.

Nunca el hombre ha tenido tantas posibilidades como hoy día y al mismo tiempo tan mal repartida. En realidad no hay un mundo, son dos mundos: el Norte y el Sur. Y aun dentro del Norte hay grandes desigualdades. Nuestro mundo es un mundo de contrastes: abundancia de riqueza y miseria; unidad y mutua interdependencia con la necesaria solidaridad y al mismo tiempo graves enfrentamientos y guerras; intercambio de ideas e incapacidad de ponerse de acuerdo sobre el significado de las palabras; búsqueda de un desarrollo económico y descuido del desarrollo espiritual.

Aunque todos los factores siguientes tienen sus efectos indeseados, no cabe duda de que han contribuido a hacer la vida del hombre más humana. La ciencia y la técnica han experimentado un desarrollo espectacular. La inteligencia humana extiende su dominio en cierto sentido sobre el tiempo y a los fenómenos sociales y a la expansión demográfica. La sociedad industrial ha creado abundancia de riqueza y ha favorecido el crecimiento de las ciudades. Los nuevos medios de comunicación contribuyen al conocimiento de los acontecimientos. Existe el deseo de establecer un orden político, social y económico que esté cada vez más al servicio del hombre y que le ayude a afirmar y cultivar su propia dignidad y derechos humanos. Las mujeres reivindican la igualdad de derecho y de hecho con los hombres. Todos quieren participar en la ordenación de la vida económica, social, política y cultural. Las personas y los grupos

anhelan una vida plena, digna del hombre. Las naciones se esfuerzan en conseguir una cierta comunidad universal. Nuestra cultura busca la libertad, el respeto de la persona humana, el reconocimiento de la igualdad esencial entre todos los hombres, la justicia social, la responsabilidad y la participación, la solidaridad. Ante esta realidad no debemos extrañarnos de que el hombre mire hacia el futuro y no sienta nostalgia de un pasado, que en general ha sido atroz.

El mercado y la globalización

Pero tampoco el presente de la mayor parte de la humanidad tiene nada de halagüeño. Los medios de comunicación y el mercado han hecho por primera vez realidad la globalización de nuestro mundo. Y parece que fuera del mercado no hay salvación. Nuestro mundo, a pesar de las distancias y diferencias es una realidad interdependiente. El mundo se ha convertido en una especie de aldea en la que la que una cierta uniformidad cultural es cada vez más dominante, aunque convive con un resurgir de las tradiciones particulares. El uniformismo cultural, en efecto, no da una respuesta a las inquietudes del hombre. A veces se ha comparado nuestra época a la del helenismo en el que el individuo se vio aislado en medio de la masa y buscó su salvación en las religiones místicas.

Las culturas autóctonas, sin embargo, pugnan por sobrevivir a base de nacionalismos exacerbados y fanatismos religiosos. La ideología neoliberal imperante ha creado el mito del choque de culturas para justificar la carrera armamentista una vez desaparecido el muro de Berlín. Como ha denunciado el Papa, la globalización del mercado lo único que ha hecho por el momento es la globalización de la miseria. Frente a ello es necesario una globalización de la compasión (EPE 11-12).

El neoliberalismo y el neoconservadurismo

La modernidad en tiempos del P. Chaminade estaba caracterizada por un liberalismo un tanto agresivo, que pretendía asegurar la supremacía de la clase ascendente, la burguesía. Para ese liberalismo la Iglesia aparecía como la defensora del antiguo régimen y por tanto había que declararle la guerra. La posmodernidad actual de nuevo está caracterizada por un neoliberalismo que intenta conservar los privilegios de ciertos países o grupos, que ya no pueden ser caracterizados como clase social. El enemigo ha sido el comunismo o el socialismo. Curiosamente para estos grupos la religión puede ser una aliada en cuanto que ésta ha combatido el comunismo y en buena parte el socialismo. El peligro para la religión reside precisamente ahí, en que se le asigne una función social, ya no de opio del pueblo, sino de tranquilizador de las conciencias en vez de ser una instancia crítica de la sociedad. Ahora que todas las otras instancias han sido reducidas a silencio y que no existen utopías ni proyectos de liberación para el pueblo, la Iglesia tiene la oportunidad de ser la única voz que se levante denunciando la injusticia del sistema neoliberal y neocapitalista que puebla el mundo de víctimas.

Igualdad y libertad son las dos grandes conquistas de la modernidad, las dos grandes bases de la política moderna, y como tales tienen una larga tradición de lucha y reflexión sobre sí mismas. En la medida en que una sociedad se va desarrollando económica, social y políticamente, en esa medida se va preocupando más por las dimensiones de la libertad que por las de la igualdad. A la mayoría de la gente le cuesta creer que libertad e igualdad sean procesos antagónicos. El ejercicio de la libertad entraña casi siempre la apropiación de espacios, recursos, posiciones sociales codiciadas

y bienes escasos. Ello, a su vez, no sólo genera diferencias, sino también desigualdades, las cuales, dada la naturaleza humana, tienden a consolidarse.

Al final la libertad se convierte en una especie de permisivismo en el que uno puede destruirse a sí mismo, sin que nadie te lo pueda prohibir o impedir. De paso también se causa la ruina de los más cercanos. No existe en cambio libertad para poder realizar auténticamente la existencia humana porque no existe una garantía real, no sólo jurídica de los derechos humanos. Sin duda los que tienen recursos tienen posibilidades; los que no tienen nada, de nada les sirve el ofrecerles una libertad que es pura indeterminación.

La inseguridad y la satisfacción instantánea

Hoy día el fenómeno de la precariedad y de la inseguridad se extiende a todos los ámbitos de la vida. Hoy el pasado no cuenta porque no ofrece bases seguras para las perspectivas de vida; el presente no recibe la justa atención porque está prácticamente fuera de control y hay buenas razones para temer que el futuro nos reserve sorpresas desagradables. Hoy día la precariedad no es objeto de elección, es destino. Hay una precariedad de los medios de subsistencia: la sociedad llamada de los dos tercios pronto será de un tercio. Es decir un tercio de la población podrá producir todos los bienes de consumo necesarios. Los demás sobran económica y socialmente. La desocupación es algo estructural. Además en el mundo de la desocupación ya nadie puede sentirse seguro. Hay la flexibilidad en el trabajo. Ya no existen posiciones privilegiadas. Cada uno está hasta nueva orden.

Por eso la búsqueda de la gratificación instantánea es lo más razonable. No se pueden asumir compromisos duraderos. Los objetos del deseo se disfrutan mejor inmediatamente para después deshacerse de ellos. El mercado hace que la gratificación y el desfase sean inmediatos. Hay que cambiar los aparatos simplemente porque los demás ya no están disponibles en el mercado. Así las personas se acostumbran a percibir el mundo como un contenedor lleno de objetos que tirar después del uso, objetos que se emplean una sola vez. Todo el mundo, incluso los demás seres humanos son objetos de *usar y tirar*. Todos los artículos son gracias a Dios sustituibles. *Ahora* es la palabra clave de toda la estrategia de vida

Las relaciones son vistas como cosas a consumir, no a producir. Se basan en los mismos criterios de los objetos del mercado. Éstos, si son muy caros, se ofrecen por un período de prueba con la promesa de devolver el dinero si el cliente no se siente satisfecho. En esta perspectiva las relaciones de la pareja no son contempladas como hacer que la relación funcione, de que vaya adelante en cualquier circunstancia, de ayudarse mutuamente en los momentos buenos y malos, de reducir si es necesario las preferencias propias, de hacer compromisos y sacrificios por el bien de una unión duradera. Al contrario, si el producto viejo no está a la altura de las satisfacciones esperadas se le cambia por uno nuevo.

Si la dedicación a valores duraderos está hoy en crisis es porque la noción misma de duración y de inmortalidad está en crisis. Pero si la inmortalidad está en crisis es porque la experiencia diaria muestra el carácter no duradero de nada. La sociedad no promete ni garantiza remedios colectivos a las desventuras individuales. A los individuos se les ofrece una libertad en proporciones inusuales pero al precio de una inseguridad igualmente inusual. Por eso no se puede uno ocupar del mañana. La vida fragmentada tiende a vivirse en una serie de eventos sin ninguna relación. Si no se encuentra un remedio a la inseguridad, es difícil la restauración de la fe en valores permanentes. En algunos casos, gratificación y realización resultan sinónimos de

excitación. Al final los consumidores desarrollan el hábito de juzgar los demás bienes, incluidos aquellos más intangibles como la intimidad, la amistad y el amor, sobre la base de su capacidad de excitar.

El individualismo insolidario

Nunca nuestro mundo habría ofrecido tantas posibilidades a los que tienen dinero. El individuo se convierte en un ser encerrado en sí mismo, sin relación con los demás. Los que tienen recursos no necesitan de los demás y se desentienden de los demás, mostrándose profundamente insolidarios. Estamos ante una sociedad de individuos, o de los individuos, en la que se reconoce el valor de lo singular, de la individualidad. Nunca como ahora nos hemos recogido dentro de nosotros mismos, nunca como ahora el individuo se ha mirado dentro de sí y se ha preocupado de sí mismo y de los suyos cercanos, de su felicidad y de su bienestar, relacionándose superficialmente con los demás o manteniendo relaciones de baja intensidad con las instancias tradicionales de participación.

Curiosamente en ésta sociedad insolidaria a la que ya no movilizan las grandes causas o relatos, una nueva sensibilidad lleva a acercarse a los demás. Suelen ser movimientos alternativos: pacifismo, feminismo, voluntariado. Es verdad que el neocapitalismo necesita el voluntariado pues el desmantelamiento del estado del bienestar deja huecos que tienen que ser ocupados por la sociedad civil. De otra manera quedarían demasiado agudizadas las contradicciones del sistema. La Iglesia debe apoyar esos movimientos alternativos, superando las reticencias mostradas ante los dos primeros. Mientras antiguas formas de solidaridad están desapareciendo, otras nuevas están apareciendo. Ahora la solidaridad debe elegir las formas entre las diversas posibles. Exige una voluntariedad empática de los individuos. Ellas gratifican al individuo. La solidaridad antes estaba orientada a un objetivo preciso. Hoy día es una solidaridad orientada al sentimiento y a la gratificación instantánea.

Está claro que la solidaridad es cuerpo extraño en la economía racional. Si sólo cuentan el mérito y la ganancia, y la concurrencia y el poder son las únicas realidades determinantes, estamos en el camino de renunciar a ser hombres, a la solidaridad y a la responsabilidad recíproca. Con la absolutización de esta racionalidad, la economía está minando sus propias bases: capacidad de confrontarse con ciertas normas compartidas por todos, trabajo en equipo, estabilidad bajo presión, confiabilidad en los acuerdos tomados, honestidad, fidelidad, diligencia y disponibilidad a asumir las propias responsabilidades. Fijarse sólo en la ganancia lleva a la destrucción ecológica. Quizás la colaboración mutua sea más eficaz que la concurrencia ilimitada. Son necesarios grupos contraculturales, que encarnen la solidaridad y el voluntariado de manera permanente; grupos que saben formar para la solidaridad; personas que le permitan al niño experimentar que cuenta para los adultos; personas que formen en la identidad con alta conciencia de sí mismo. Las iglesias deben ser fuerzas de solidaridad que movilizan a los grupos de vanguardia de cada país a favor del Tercer Mundo.

Los nuevos valores

Estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo tipo de hombre que ha roto con la tradición y muestra su escepticismo frente al hombre primitivo, al hombre religioso, al *homo sapiens* de la Ilustración, al *homo faber* de anteaer. Se le ha denominado *homo psicologicus*. Es un hombre lúdico, vital, concreto, posibilista, sin ética, estético e

insolidario. Tiene poco interés por las cosas del pensamiento. Es emocional, experimental, expectante. Quiere más libertad con más seguridad. Consume cultura como un objeto más. Si el héroe de los años sesenta, de aquellos que quisieron transformar el mundo, fue Prometeo, ahora los disfrutadores del mundo se miran en Narciso, que murió ahogado en la fuente en la que contemplaba extasiado la belleza de su figura.

El narcisismo no sólo se caracteriza por mirarse a sí mismo, sino también por la necesidad de reagruparse con seres idénticos, sin duda para ser útiles y exigir nuevos derechos, pero también para liberarse, para solucionar los problemas íntimos por el contacto, lo vivido, el discurso en primera persona. El valor central reside en la persona, en mi persona. Los valores a ella vinculados son la felicidad, la seguridad, la libertad de acción y de decisión. Se trata de la realización del yo, del dominio del destino personal, de la consideración social.

Más importante que el dinero o que los bienes materiales, la realización personal o desarrollo de la propia individualidad colma o remata la pirámide escalonada de impulsos, aspiraciones y necesidades del individuo, muy lejos de aquellas primarias de subsistencia. La jerarquía de necesidades del individuo se sitúa en el área de lo espiritual, de lo simbólico y estético. Se cultivan las virtudes suaves, no la fortaleza sino la templanza. Es llamativo el ascenso que registra una virtud de orden social, como es la de los buenos modales a inculcar a los niños, que implica una demanda de orden y una recuperación de las formas. También asistimos al ascenso de la forma, de la configuración y el diseño, como distintivo, como emblema de nuestra posmodernidad, y como higiene social. Vienen después el sentido de responsabilidad y la tolerancia y el respeto por los demás, que responderían a una demanda de disciplina interior en la relación con los demás. Les sigue la obediencia, como expresión de una disciplina externa que no pierde su vigencia. Después viene la imaginación e independencia, la disciplina material, sentido de ahorro. Para el último quedan las creencias religiosas, la determinación y perseverancia, ocupando el último puesto la abnegación. En el matrimonio se prima el mutuo aprecio y respeto, la comprensión y tolerancia, precisamente para hacer posible la convivencia de posturas que no coinciden. Se prima, pues, la tolerancia y la apertura mental por encima de la coincidencia y de la uniformidad.

El interés se dirige a las actividades agradables. Son los valores vitales los que triunfan y una visión deportiva de la vida. Hay un interés por las dimensiones de la cultura y de la religiosidad, de fiesta, gratuidad, de experiencia religiosa, de misterio, de trascendencia. Se ha redescubierto el sentido del cuerpo, de la sexualidad, de la felicidad, el placer, del cosmos, de la ecología. Se viven las pequeñas liberaciones y los pequeños placeres del día a día. Se gusta del calor de los pequeños grupos que comparten aficiones.

Este individuo psicológico es un sujeto fragmentado, incoherente con su propia historia y proyecto. Oscila a merced del sentimiento. Es inútil buscar coherencias. Faltan convicciones profundas. Nada puede ser tomado en serio y hay que vivir desfundamentado. La vida se convierte en un juego para disfrutadores, agotando cada uno de los momentos de la existencia. El individuo fragmentado obedece a lógicas múltiples y contradictorias. Puede participar en una celebración eucarística e incluso confesarse si se le ofrece la oportunidad, pero eso no impide que al día siguiente, o tan sólo unas horas después, esté haciendo algo incompatible con esas celebraciones de la fe. Y, desde luego, sin sensación de hipocresía. Son los estremecimientos del corazón cambiante quienes determinan en cada momento las propias convicciones.

2.2 Características regionales

Hemos descrito la cultura dominante, la cultura de los que dominan el mundo. Como tales están convencidos de la verdad de su cultura y tratan de difundirla e imponerla con ardores misioneros en nombre de la libertad y el progreso, pero también de los propios intereses. Las otras culturas tienen, sin duda, más seguidores que la cultura dominante, pero miran hacia ésta con una mezcla de envidia, de temor y de rechazo, identificándola a veces con el gran enemigo. Veamos algunas características de las otras culturas³.

América Latina

Aunque la diversidad de situaciones en América Latina es grande, se pueden, sin embargo, individuar algunos rasgos característicos comunes a la situación actual. Empecemos con la *realidad religiosa y cultural*. Hoy día la fe sencilla de unos pueblos tradicionalmente de mayoría católica sufre los embates de la secularización con el consiguiente debilitamiento de los valores religiosos y morales. En los ambientes urbanos se difunde una mentalidad que confía sólo en la ciencia y en la técnica y se presenta como enemiga de la fe. Se transmiten unos modelos de vida en contraste con los valores del evangelio que aparece como una amenaza para la libertad y la autonomía del hombre. Una gran causa de división y de discordia son las sectas y los movimientos pseudo-espirituales. Su avance pone de manifiesto un vacío pastoral que tiene su causa en la falta de formación que deja indefenso al creyente ante las ofensivas proselitistas de estos grupos. A veces los fieles nos hallan en su fe ese fuerte sentimiento de Dios que habría que tener. Otras veces la actuación de estos grupos es fruto de una estrategia planificada y financiada, cuyo objetivo es minar la unidad religiosa de América Latina.

La respuesta adecuada es una Iglesia dinámica en la que se imparte una asidua formación en la Palabra de Dios, en la que existe una liturgia activa y participativa, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada preocupación pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos. La arraigada religiosidad popular con sus extraordinarios valores de fe y de piedad, de sacrificio y de solidaridad, gozosamente celebrada y orientada en torno a los misterios de Cristo y de la Virgen María es la mejor garantía de fidelidad al evangelio.

Existe una cultura de muerte que se expresa en el aborto, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo y otras formas de violencia y explotación. Entre esos atentados a la vida figura también el narcotráfico. En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Es cierto que el sustrato cultural presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos fruto de la evangelización; pero al mismo tiempo ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones falsas de la vida. Esta ausencia de valores cristianos ha llevado a muchas personas al indiferentismo y ha causado un desencanto social en el que se ha gestado la crisis de esta cultura. Hay que prestar atención a las culturas indígenas y afroamericanas

³ Para una primera aproximación he utilizado documentos del magisterio: Juan Pablo II, Discurso en la apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, 12.10.1992; *Ecclesia in África*; *Ecclesia in Asia*. Para algunas particularidades que interesan a los países en los que los marianistas estamos presentes, cf *Audacia y lucidez*: Colombia, Cecilio de Lora, ps. 145-155; África francófona, H. Schwager, ps. 189-204; India, Fleming, 205-213; Japón, Yoshimura, ps. 215-244.

asimilando y poniendo de relieve todo lo que en ellas hay de profundamente humano. Su visión de la vida que reconoce la sacralidad del ser humano, su profundo respeto de la naturaleza, la humildad, la sencillez, la solidaridad. La Iglesia en América Latina ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción. Se presenta ahora el reto de la continua inculturación del evangelio.

Veamos la *situación económica y social*. América Latina atraviesa una difícil y delicada situación social donde existen amplias capas de la población en la pobreza y en la marginación. No obstante el avance registrado en algunos campos, persiste e incluso crece el fenómeno de la pobreza. Los problemas se agravan con la pérdida del poder adquisitivo del dinero a causa de la inflación, a veces incontrolada, el deterioro de las condiciones de intercambio, con la consiguiente disminución de los precios de ciertas materias primas y con el peso insoportable de la deuda internacional de la que se derivan tremendas consecuencias sociales. La situación se hace todavía más dolorosa con el grave problema del desempleo creciente. Grandes masas de diversos países no tienen más remedio que emigrar.

Se trata de una situación caótica desconcertante: naciones, sectores de población, familias e individuos cada vez más ricos y privilegiados frente a pueblos, familias y multitud de personas sumidas en la pobreza, víctimas del hambre y las enfermedades, carentes de vivienda digna, de servicios sanitarios, de acceso a la cultura. Todo ello es testimonio de un desorden real y de una injusticia institucionalizada, a lo cual se suman a veces el retraso en tomar medidas necesarias, la pasividad y la imprudencia e incluso la violación de los principios éticos en el ejercicio de las funciones administrativas, como es el caso de la corrupción.

Como falsa solución se propugna la reducción del crecimiento demográfico sin importarle la moralidad de los medios empleados para conseguirlo. La verdadera solución sería instaurar una verdadera economía de comunión y participación de los bienes. Todos se verían favorecidos si se produjera una integración latinoamericana. Ésta estaría favorecida por la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura que han unido en el camino de la historia.

Existen grupos particularmente sumidos en la pobreza, tal como los indígenas y los afroamericanos que deben ser objeto especial de la opción preferencial por los pobres. En América Latina donde se tiene gran aprecio por la familia proliferan al mismo tiempo las uniones consensuales libres. Cada vez existen más presiones divorcistas que ponen en peligro la familia cristiana. Muy en conexión con todas estas realidades se encuentra el fenómeno de los niños de la calle en las grandes ciudades latinoamericanas minados por el hambre y la enfermedad, sin protección alguna, sujetos a tantos peligros sin excluir la droga y la prostitución.

África

El final del colonialismo hace treinta años suscitó grandes expectativas que desgraciadamente no se han consolidado. África es un continente saturado de malas noticias. La evangelización pretende ser buena noticia y promueve muchos de los valores esenciales que tanta falta hacen en este continente: esperanza, paz, alegría, armonía, amor y unidad. A pesar de que África es un inmenso continente con situaciones muy diversas, la situación tiene de común el estar llena de problemas: una miseria terrible, una pésima administración de los recursos disponibles, inestabilidad

política y desorientación social. Los resultados son visibles: miseria, guerras, desesperación. En un mundo controlado por las grandes potencias África se ha convertido en un apéndice sin importancia, a menudo olvidada y descuidada por parte de todos. Sencillamente se la ha excluido. Por eso se la ha comparado al hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en mano de los bandidos (Lc 10,30-37). En África son numerosas las personas tiradas al borde del camino, enfermos, heridos, impotentes, marginados y abandonados. El problema está en saber si se encontrará un buen samaritano. Los regímenes dictatoriales que se han enseñoreado durante tanto tiempo han debilitado la capacidad de reacción de las personas. Este hombre herido tiene que reencontrar todos los recursos y energías de su humanidad. África, a pesar de sus grandes riquezas naturales, permanece en una situación económica de pobreza. Posee sin embargo grandes valores culturales que pueden favorecer una reacción positiva. Los africanos tienen un profundo sentido religioso, el sentido de lo sagrado, el sentido de la existencia de un Dios creador y de un mundo espiritual. La realidad del pecado individual y social está presente en la conciencia de estos pueblos, que experimentan la necesidad de ritos de purificación y de expiación.

La familia tiene un papel fundamental. Abierto a este sentido de la familia, del amor y del respeto de la vida, el africano ama los hijos que son acogidos gozosamente como un don de Dios. Ese mismo amor les lleva a venerar a los antepasados con los cuales continúan viviendo y desean permanecer en comunión. Los africanos respetan la vida y se alegran de la vida y rechazan la idea de eliminarla. Reservan un puesto de honor a los ancianos y los parientes. Las culturas africanas tienen un gran sentido de la solidaridad y de la vida comunitaria. Dentro del panorama en general sombrío conviene sin embargo señalar el inicio del proceso democrático en muchos de los países. El pueblo pide insistentemente el reconocimiento y la promoción de los derechos y las libertades del ser humano. La Iglesia católica, que representa un 15 por ciento de la población africana, apoya todas estas tendencias y está decididamente del lado de los oprimidos. La asistencia que sus organizaciones dan a las víctimas de las guerras, a los refugiados y a los prófugos merece la admiración. Ha sido un elemento de paz y de reconciliación en tantos momentos de conflicto.

Ante la sed de Dios del pueblo africano, la Iglesia se siente invitada a anunciar el evangelio. Pero es necesario un profundo interés por la inculturación verdadera y equilibrada del evangelio para evitar la confusión y la alienación en una sociedad que está experimentando una rápida evolución. Los africanos miran hoy día hacia los otros pueblos en busca de la llamada *libertad del estilo moderno de vida*. La Iglesia les invita a mirar dentro de sí misma, a la riqueza de sus tradiciones y a la fe cristiana. En muchos países es necesario superar las diversas formas de división a través de la práctica del diálogo. Dentro de las fronteras heredadas de las potencias coloniales coexisten grupos étnicos, tradiciones, lenguas y religiones diversas con grandes hostilidades recíprocas. Las oposiciones tribales ponen en peligro, si no la paz, al menos la búsqueda del bien común para el conjunto de la sociedad y hacen difícil la convivencia. La situación del matrimonio cristiano y de la vida de familia constituye un verdadero desafío pues el futuro del mundo y de la Iglesia pasa a través de la familia. La poligamia, en efecto, está casi generalizada si se exceptúa la realidad cristiana.

África tiene una historia tejida de sufrimientos, con unas naciones que luchan todavía contra el hambre, la guerra, las rivalidades raciales y tribales, la inestabilidad política y la violación de los derechos humanos. Cuestiones como la pobreza creciente, la urbanización, la deuda internacional, el comercio de armas, el problema de los refugiados y los prófugos, los problemas demográficos y las amenazas que pesan sobre la familia, la emancipación de la mujer, la propagación del SIDA, la supervivencia en

algunos lugares de la práctica de la esclavitud, el etnocentrismo y la oposición tribal son los grandes desafíos de este continente.

Los países subdesarrollados, en vez de transformarse en naciones autónomas preocupadas de su propia marcha hacia la justa participación en los bienes y servicios destinados a todos, se convierten en piezas de un engranaje gigantesco. Esto sucede a menudo en el campo de los medios de comunicación social que están en manos de capitales del Norte. En vez de dar prioridad a los problemas de estos países, no respetan su fisonomía cultural. A menudo imponen una visión desviada de la vida del hombre.

En África la Iglesia se concibe como la Familia de Dios. Se pone el acento en la solicitud por el otro, la solidaridad, el calor de las relaciones, la acogida, el diálogo y la confianza. La nueva evangelización tenderá a edificar una Iglesia como Familia, excluyendo todo etnocentrismo y todo particularismo excesivo, tratando de promover la reconciliación y la verdadera comunión entre las diversas etnias, favoreciendo la solidaridad y el compartir tanto personal como los recursos de las iglesias particulares.

Asia

También aquí diremos una palabra sobre las *realidades religiosas y culturales*. Asia es el continente más grande y está habitado por dos tercios de la población mundial. Lo que más impresiona del continente es la variedad de sus poblaciones, herederas de antiguas culturas, religiones y tradiciones. Asia es la cuna de las mayores religiones del mundo, como el judaísmo, el cristianismo, el islamismo y el hinduismo. Es también el lugar de nacimiento de muchas otras tradiciones espirituales como el budismo, el taoísmo, el confucianismo, el zoroastrismo, el jainismo, el sijismo y el sintoísmo. Los pueblos de Asia se sienten orgullosos de sus valores religiosos y culturales típicos como el amor al silencio y la contemplación, la sencillez, la armonía, el desapego, la no violencia, el espíritu de duro trabajo, de disciplina y de vida austera y la sed de conocimiento e investigación filosófica.

Aprecian mucho los valores del respeto a la vida, la compasión por todo ser vivo, la cercanía a la naturaleza, el respeto filial a los padres, a los ancianos y a los antepasados y tienen un sentido de comunidad muy desarrollado. Consideran la familia como fuente vital de fuerza, como una comunidad muy integrada, que posee un fuerte sentido de la solidaridad. Los pueblos son conocidos por su espíritu de tolerancia religiosa y coexistencia pacífica. A pesar del influjo de la modernización y de la secularización, existe una gran vitalidad religiosa y movimientos de reforma en los diversos grupos religiosos. Muchos, especialmente los jóvenes, sienten una profunda sed de valores espirituales.

En el *campo social* las situaciones son muy diversas. Hay países muy desarrollados, otros se están desarrollando mediante políticas económicas eficaces, otros en cambio se encuentran en una gran pobreza. En el proceso de desarrollo se está infiltrando el materialismo y la secularización, sobre todo en las ciudades. El creciente urbanismo comporta menudo grandes zonas de miseria donde se desarrollan el crimen organizado, el terrorismo, la prostitución y la explotación de los más débiles. Otro de los fenómenos sociales más notables es la emigración que pone a las personas en situaciones muy difíciles. A causa de la pobreza emigran hacia otros países o hacia los grandes complejos industriales en las propias ciudades. Así se produce una destrucción de los valores tradicionales. El turismo, aun siendo una industria legítima, tiene un influjo devastador de la realidad moral del país que se manifiesta ante todo en la prostitución de jóvenes y niños. Varios de los países experimentan dificultades

vinculadas al crecimiento de la población. A veces se utilizan falsas soluciones que amenazan la dignidad de la vida humana, que la Iglesia trata siempre de promover. La madre Teresa de Calcuta es un icono del servicio a la vida que la Iglesia presta en Asia en valiente contraste con las múltiples fuerzas oscuras que actúan en la sociedad. Los medios de comunicación, que debieran estar al servicio de la cultura, a veces tienen un impacto negativo. En general atacan la estabilidad del matrimonio. Presentan imágenes de violencia, hedonismo, individualismo desenfrenado y materialismo que hiere profundamente los valores tradicionales de la cultura de Asia.

La realidad de la pobreza y la explotación de la persona es un dato preocupante. En Asia hay millones de personas oprimidas que durante siglos han sido mantenidas económica, cultural y políticamente marginadas de la sociedad. Sobre todo la mujer, aunque está tomando conciencia de su dignidad, continúa explotada. El analfabetismo femenino es muy superior al masculino. Las niñas corren el peligro de no tener derecho a la vida. Pero Asia está también creciendo económicamente y, aunque no todo es estable como han mostrado las crisis financieras, se le puede considerar un continente con gran futuro de desarrollo.

También el *aspecto político* es muy complejo. Hay diversidad de ideologías que inspiran formas de gobierno que van desde la democracia hasta la teocracia. Por desgracia existen aún dictaduras militares e ideologías ateas. Algunos estados permiten poca libertad de religión a las minorías. Otros tienen a las minorías como ciudadanas de segunda clase. A pesar de los progresos, existe también una difundida corrupción en todos los niveles del gobierno y de la sociedad. Las personas se sienten impotentes ante las autoridades de todo tipo, pero se está reivindicando cada vez más una mayor justicia y participación en el gobierno y en la vida económica, iguales oportunidades en el campo de la educación y una justa distribución de los recursos de la nación.

A pesar de que la presencia de la Iglesia es tan antigua como la Iglesia misma, no se ha logrado inculcar el mensaje cristiano en Asia. En muchos sitios la Iglesia ha sido considerada como extraña en Asia y de hecho en la mentalidad popular se la asocia a las potencias coloniales, incluso cuando ha desaparecido el colonialismo. Aunque el Vaticano II supuso un gran impulso a la inculturación, ésta está muy lejos de ser una realidad. En general, si se exceptúa Filipinas, la presencia de la Iglesia en estos países no pasa de ser una realidad simbólica. Quizás sea su oportunidad de ser levadura en la masa. Pero no deja de ser un reto el que Jesús, un asiático, dos mil años después de su nacimiento, siga siendo un desconocido para las personas de su continente.

3. CRISIS Y VITALIDAD DE LA VIDA MARIANISTA

3.1 *Diversidad de situaciones*

También la Familia Marianista está en movimiento, sobre todo a partir de la década de los '80 con el notable impulso de las Comunidades Laicas Marianistas. Hace casi cuarenta años, el Vaticano II instó a toda la Iglesia a entrar en un proceso de profunda renovación. Nosotros los religiosos, en un principio entendimos este proceso como una actualización y un cambio de costumbres trasnochadas. Después vimos que requería una vuelta a nuestro carisma fundacional, una revitalización e, incluso, en cierto modo, una refundación. El proceso de cambio ha sido lento, y gran parte de él ha sido tan gradual, que hemos olvidado cómo éramos antes. Sólo cuando miramos atrás a

lo largo de este período tan prolongado empezamos a darnos cuenta de las asombrosas diferencias. si comparamos la situación actual y la de hace cuarenta años, vemos que hemos redescubierto la Familia Marianista, reformulado la espiritualidad, reexaminado tradiciones, nos hemos replanteado prioridades, hemos redefinido ciertos objetivos apostólicos, adoptado nuevos programas de formación, hemos dado otro enfoque a la manera de vivir nuestros votos, y también hemos aplicado importantes innovaciones en las estructuras, en los apostolados, y en la vida de la comunidad, con el fin de adaptar nuestro crisma a un nuevo momento de la historia⁴.

Por primera vez la vida marianista en sus ramas principales es una realidad mundial ya no centrada en Europa y Estados Unidos⁵. Las Comunidades Laicas Marianistas tras su refundación en torno a los años 80 contaban en 1999 con 5675 miembros. Forman unas 512 comunidades y están presentes en 25 países. Reconocidas oficialmente por la Iglesia el año 2000 son una realidad admirable a la hora de vivir y hacer presente el carisma marianista en la Iglesia y en el mundo. Sin duda las situaciones son muy diversas, pero podemos decir que es una realidad viva y en expansión. Además han definido ya su identidad, misión y estilo de comunidad cristiana y han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia como una asociación privada de fieles.

La Alianza Marial es un Instituto Secular Marianista femenino. Nació en Francia en 1960. Actualmente están extendidas por Francia, Suiza, Chile, Costa de Marfil y Togo. Por ahora no pasa de ser un grupo simbólico, lo cual no quiere decir que no sea importante para la vida marianista. Al contrario. Las realidades evangélicas tienen comienzos pequeños.

Las Hijas de María Inmaculada son actualmente 418 distribuidas en cinco provincias y viviendo en 59 comunidades. De ellas 372 son profesas perpetuas, 36 junioras y 10 novicias. La congregación está presente en doce países, en los cuatro continentes.

La Compañía de María cuenta actualmente (2002) con 1625 religiosos agrupados en 224 comunidades, pertenecientes a 7 provincias y 11 regiones. Cuenta con 2 obispos, 502 sacerdotes y 896 religiosos laicos con votos perpetuos y 160 con votos temporales y 64 novicios.

La vida religiosa marianista ha pasado de la uniformidad al pluralismo. Las situaciones son muy distintas según los continentes. Empezamos por el hemisferio norte.

En Europa la situación de la vida religiosa en general es muy difícil. Está en juego la supervivencia a causa de la falta de vocaciones y del envejecimiento de los

⁴ Cf. D. A. Fleming, *Deseos de un nuevo Pentecostés: temas clave del trigésimo segundo Capítulo General*. Circular nº 8, Roma 2001, ps 80s.

⁵ Tomo los datos de la edición inglesa de E. Benlloch, *Chaminade's Message Today*, Dayton 2001, p. 114 ss, que ponen al día los de la edición española, p.136 ss, la cual daba más 300 comunidades y 6500 miembros en 1986. Las discrepancias provienen sin duda de qué realidades se incluyen bajo el título de Comunidades Laicas Marianistas. Algunas referencias bibliográficas sobre las diversidades regionales se encuentran en L. Cada, *A Short History*, p. 120 que remite a *Marianist International Review*, n 1 (Francia), n 2 (Chile), n 6 (Zaragoza), n 9 (Madrid). Sobre las transformaciones experimentadas por la vida religiosa en general, cf. J. López, M^a. B. de Isusi, *Realidad actual de la vida religiosa. Datos fundamentales de su vida y de su misión*, en USG, *Carismas en la Iglesia para el mundo: la vida consagrada hoy*, Madrid 1994, 45-132; sobre la situación de Estados Unidos, Cf. D. J. Nygren, M. D. Ukeritis, *Tradición en transformación: identidad y misión de la vida consagrada en Estados Unidos*, en USG, *Carismas en la Iglesia para el mundo*, 13-43 (En inglés también en D. L. Fleming- E. McDonough, *The Church and Consecrated Life*, Review for Religious, St Louis 1996, ps 246-294).

religiosos. Se opta por la audacia en la misión o por la resignación pasiva. Hay problemas de formación que a veces es problema de conversión, hoy día dificultada porque ya no tenemos la juventud de espíritu. Se están empleando demasiadas energías al servicio de los ancianos y enfermos. Toda la Iglesia se encuentra ante la necesidad de rehacer el tejido cristiano europeo. América del Norte presenta algunas características propias de la vida religiosa en general. La mujer está mucho más concienciada. Hay una gran discusión en torno al valor de las estructuras. Los problemas planteados por la inmigración no parecen haber encontrado todavía una respuesta adecuada. La vida marianista ha estado concentrada hasta hace poco en estos dos continentes, aunque las Hijas de María son un pequeño número en Estados Unidos. En ambos continentes, la situación de crisis debida al envejecimiento y a la falta de vocaciones exige respuestas creativas, difíciles de dar. Las numerosas obras asumidas cuando éramos muchos y jóvenes representan hoy día una carga difícil de asumir por las generaciones jóvenes, a pesar de la presencia de educadores cristianos en nuestras obras.

La situación del hemisferio sur es diferente. En todas partes hay un deseo de una vida religiosa inculcada, no transplantada del hemisferio norte. En algunas áreas geográficas abundan las vocaciones y lo que escasean son los formadores y los recursos y estructuras necesarias para el discernimiento y la formación.

En África a menudo no se percibe el testimonio de pobreza cuando las personas consagradas viven con una cierta seguridad, mientras la gente de alrededor pasa necesidad. La vida marianista está presente en la zona francófona de Costa de Marfil, Togo, Congo y República Democrática del Congo. En general nuestra presencia comporta las obras tradicionales de colegios y parroquias. En cambio en la zona anglófona, la presencia exclusivamente de la Compañía de María en Kenia, Zambia y Malawi ha sabido abrirse a realidades nuevas, siempre dentro de un horizonte educativo, pero sin quedarse en los colegios tradicionales. La vitalidad del carisma marianista para dar respuesta a las situaciones nuevas es bien visible allí. La abundancia de vocaciones en algunas zonas de África exige ante todo discernimiento y formación de los candidatos.

En Asia la vida religiosa favorece el diálogo interreligioso. También puede ayudar a los pobres a liberarse de algunas estructuras que consagran la desigualdad de la mujer o de ciertos grupos sociales. Un reto es la asunción del gobierno de los institutos por parte del personal del lugar. La vida marianista está presente en lugares muy diversos. En Japón la presencia marianista es más que centenaria. Tanto la Compañía de María como las Hijas de María Inmaculada, con sus obras tradicionales, están experimentando los problemas típicos del hemisferio Norte. En Corea las Hijas de María Inmaculada están mostrando más vitalidad que la Compañía de María que tuvo unos comienzos prometedores. Estamos presentes en obras tradicionales y la modernización y la secularización de la sociedad está teniendo gran impacto sobre los valores tradicionales y religiosos. La presencia de la Compañía de María en India no puede ser más prometedora. El carisma mostró desde el principio una gran vitalidad y creatividad de nuevas formas de actividades. Actualmente se está pensando en asumir también obras educativas más tradicionales.

En América Latina los religiosos están en la vanguardia de la evangelización, de la promoción de la justicia y de la defensa de los indígenas y marginados. La vida religiosa marianista masculina ha vivido crisis que no parecen totalmente superadas. Presente mayormente en obras tradicionales, éstas siguen dependiendo en buena medida de los religiosos provenientes de fuera del continente. Si se exceptúa Colombia, la realidad vocacional es preocupante. Da la impresión de que nos movemos entre grupos de personas a las que ha llegado de lleno la secularización y cuya respuesta religiosa es

más bien débil. Lugares de implantación ya más que cincuentenaria como Argentina, Chile y Perú no acaban de consolidarse. Implantaciones más recientes como Brasil y Ecuador no acaban de despegar.

3.2 Luces

La situación general de la Compañía de María ha sido descrita en el Capítulo de 2001, con sus luces y sombras. Se ha experimentado un crecimiento numérico de religiosos en las nuevas implantaciones. Esto está transformando el rostro de la Compañía. El número de personas que viven nuestra espiritualidad es cada vez mayor. La Familia Marianista es una realidad cada vez más viva y con más relaciones entre las diversas ramas. Los religiosos mayores siguen activos y dando testimonio de fidelidad, oración, de amor a la Compañía. Los jóvenes, tanto en las nuevas implantaciones donde son numerosos como en las más antiguas apuestan por una vida religiosa que responda a los desafíos del futuro. En la vida religiosa se da el primado a la caridad y la comunidad religiosa se la considera como una comunión fraterna. Hay una mayor disposición al encuentro personal y una mayor comunicación y corresponsabilidad en el interior de la comunidad y de los institutos.

Hemos profundizado nuestra identidad marianista, a través de la oración y la reflexión, de investigaciones, reuniones y documentos que nos han ayudado a crecer en la valoración de la persona de nuestro fundador y de nuestro carisma. Hay una mayor sensibilidad mariana en nuestras vidas y actividades apostólicas, y en muchos pueblos y culturas. Crece el interés por la persona de María y percibimos el dinamismo evangelizador que brota de nuestra alianza con Ella. Hoy día existe una mayor inserción de la vida religiosa marianista en la dinámica de la vocación bautismal y la conciencia de acuerdo con el Concilio de la dimensión eclesial de la vida religiosa. En consecuencia una participación plena en las preocupaciones de la Iglesia y los problemas de los hombres nuestros hermanos con una inserción concreta en la Iglesia local y en la pastoral de conjunto.

Tenemos la convicción de que la vida religiosa no es la elección de algo sino de Alguien. Esta elección implica toda la persona y los dinamismos personales y considera los votos no como renunciaciones o simples normas morales sino como una realización del don de sí a Cristo, participación en su vida y modo concreto de participar en su misión redentora. Se cultiva la conciencia de que la consagración es ante todo obra de Dios que tiene siempre la iniciativa y acoge nuestra respuesta en la profesión. Nos hace suyos a través de la acción transformadora de su Espíritu. La vida religiosa es, por tanto, un misterio cuya explicación se encuentra únicamente en Dios. Las demás aproximaciones, incluso la teológica, deben ser superadas en una visión superior que encuentra su principio en la fe y su prueba en la experiencia de Dios mediante la participación en el misterio pascual de Cristo. Se ha redescubierto el primado del encuentro personal con Dios y con Cristo y por tanto necesidad de ser fieles a la oración, buscando una unión de acción y contemplación. La acción evangelizadora no es sólo fruto sino también fuente de vida espiritual y alimento de la comunión con Dios. Se ha tomado conciencia de la necesidad de la renovación continua, de la refundación mediante una formación permanente, espiritual y profesional. Los Capítulos han favorecido programas concretos de renovación.

Hay un gran dinamismo misionero. Se da una implicación cada vez mayor de nuestras personas, comunidades e instituciones en el trabajo por una sociedad más justa y fraterna. Cada vez es más clara la conciencia de que la vida religiosa debe ser el testimonio claro de la santidad de la Iglesia. Esa santidad se expresa ante todo en la

pobreza personal y comunitaria y en la opción por los pobres, en una auténtica vida fraterna y en el servicio generoso y sencillo. Se presta una mayor atención al hombre y a su historia y una mayor sensibilidad a los signos de los tiempos para descubrir la voluntad de Dios. La relación con el mundo ha superado tanto el rechazo como la aceptación ingenua y adopta la forma de audacia y discernimiento.

Los últimos años se ha dado un gran paso en el proceso de reestructuración de nuestras Unidades con el fin de facilitar la revitalización de nuestra vida comunitaria y de que respondan mejor a las exigencias de la misión (EPE 9)

3.3 Sombras

Una débil experiencia de Dios nos hace perder identidad religiosa marianista, nos incapacita para ser sus testigos en el mundo y dificulta nuestra pastoral vocacional. La experiencia de Dios está sustituida muchas veces por el proyecto apostólico. No existe un testimonio explícito escatológico sino sólo el empeño en hacer visible y favorecer los valores humanos. Se teme orientar las expectativas de los hombres hacia el retorno del Señor para no ser tachados de espiritualismo.

Falta el dinamismo espiritual. Se ha creído ingenuamente que bastaban unos reajustes a nivel de la organización para poder renovar la vida. La humanización de las estructuras ha creado simplemente un aburguesamiento de la vida. Se olvida que no se puede participar en el misterio pascual de Cristo, sin una auténtica renuncia a sí mismo. Existe una cierta resistencia, pasividad y resignación. El peligro que acecha es que se reconozcan como buenos religiosos tan sólo aquellos que viven y dejan vivir mientras a los demás se les considera incómodos y se les arrincona. Hay retrasos y lentitudes. No nos encontramos preparados para dar las respuestas que exige la historia. No se ha tomado en serio una formación adecuada, cultural y espiritual. A bastantes de entre nosotros todavía les cuesta asumir la propuesta de nuestro fundador en cuanto a sentirse Familia junto con los laicos.

El individualismo nos lleva a no dar cuenta de nuestra vida, obstaculiza el diálogo, la vida comunitaria y el trabajo en equipo. En algunos lugares, se advierten dificultades para vivir en comunidades interculturales por prejuicios culturales o cierto racismo, lo que dificulta el trabajo por la necesaria inculturación de nuestro carisma.

En las implantaciones más antiguas se sufre la falta de vocaciones, y el aumento del promedio de edad es preocupante. Ello hace que las grandes obras e instituciones nos pesen cada vez más y que, en aquellos lugares donde carecemos de colaboradores seculares imbuidos de nuestro espíritu, nos cueste llenarlas de vida y de identidad marianista. En algunas ocasiones, estas limitaciones pueden impedir también la apertura a nuevos campos de misión. En bastantes lugares ha disminuido el contacto con los jóvenes, con situaciones de pobreza y marginación, de violencia y de exclusión. Muchas veces nos resulta difícil comprender el mundo y la cultura posmoderna en la que estamos insertos. Con alguna frecuencia podemos ser tentados por el escepticismo, el cansancio y la falta de celo apostólico. Todo ello puede llevarnos a instalarnos en nuestras seguridades, a reforzar la tendencia a mantener lo que tenemos y a desconfiar de todo lo nuevo. Las nuevas implantaciones necesitan todavía consolidarse, tanto en lo que se refiere a las personas como a las instituciones (EPE 18).

La vida marianista tiene mucho futuro. *Estamos convencidos de que tenemos muchas riquezas que aportar a ese mundo y a la Iglesia: carisma, espiritualidad, composición mixta, tradición educativa, valoración del laicado y de la Familia Marianista, recursos humanos y materiales. Estas riquezas producirán su fruto en la medida en que acertemos a vivirlas y a compartirlas bien* (EPE 20).

4. LA INSPIRACIÓN MARIANA DE LA MISIÓN

4.1 *Concebir a Jesús*

La misión consiste en prolongar el movimiento de Dios de enviar su Hijo al mundo, hacer actual hoy el misterio de la encarnación⁶. El proceso de la encarnación tiene dos movimientos, uno de descenso y otro de ascenso (Filp 2,5 ss). El Hijo de Dios se despoja y se vacía de la divinidad y se hace hombre en el seno de María, por obra del Espíritu Santo. Pero podía haber elegido una familia noble y haber vivido como los nobles y ricos, sin grandes problemas. En cambio optó por ser como un hombre cualquiera para solidarizarse con todos, incluso con el más bajo. Jesús tocó el fondo de la condición humana obedeciendo hasta la muerte de cruz. Todos debemos morir, pero él aceptó una muerte ignominiosa mostrando su solidaridad con tantas personas que también mueren así. De esta manera el Hijo de Dios se hizo solidario con los hombres concretos. Este movimiento de descenso es el proceso de la inculturación de la fe.

Aunque esta solidaridad fuera un consuelo para nuestras miserias, no cambiaría nada la situación de los hombres si no hubiera un movimiento de ascenso. Jesús, porque vivió el movimiento de descenso, fue exaltado a la gloria del Padre y en él todos los hombres hemos sido introducidos en la intimidad divina. Este movimiento de ascenso es lo que llamamos la evangelización de las culturas. La encarnación revela el amor del Padre que quiere salvar a los hombres, el amor del Hijo que asume esa misión, el amor del Espíritu que realiza la encarnación en el seno de María. En María descubrimos la fe que acoge ese amor de Dios y le da carne.

La misión es decirle a cada persona y a cada pueblo: Dios te ama. María ha amado de manera incondicional a Jesús, antes de que naciese. Jesús ha sido la persona más esperada y querida de toda la historia. Toda la historia ha sido creada por El y para El. Esa experiencia inconsciente de haber sido amados incondicionalmente por nuestros padres, como reflejo del amor incondicional de Dios que nos ha elegido desde toda eternidad (Ef 1), es fundamental para entender la evangelización. Cuando vamos a anunciar a Jesús, a anunciar a Dios, esas personas ya han experimentado de alguna manera ese amor incondicional de Dios que les ha llamado a la vida mediante sus padres. Cuando nosotros les anunciamos que Dios es amor, ellos saben ya de qué hablamos. A través de nuestra acogida incondicional recibirán la confirmación de que efectivamente Dios es amor.

Como en el misterio de la encarnación, la misión empieza dejando que Dios

⁶ Sobre la perspectiva marianista de la misión, cf. ante todo los documentos oficiales: *La misión de las Comunidades Laicas Marianistas*, Liria 1997; *La Regla de Vida*, tanto de la SM como de las FMI; los *Estatutos de la Alianza Marial*; para profundizar, recomiendo los artículos del DRVM: P. Volmar, *Acción Apostólica*, A. Leitner, *Diaconía*, E. Mensdorff-Pouilly, *Diálogo*, B. Vial, *Educación*, I. Zabala, *Espíritu de Fe*, F. J. García Vinuesa, *Familia Marianista*, Ph. T. Aaron, *Justicia y Paz*, D. A. Fleming, *Misión*, A. Albano, *Reino de Dios*, L. Amigo, *Testimonio*; también T. Giardino, *Misión y ministerio: una distinción que une*, SM3OFFICES 42 (1993); I. Otaño, *Misión Marianista. Proyecto misionero del Fundador*, SPM, Madrid 1994; L. F. Crespo, *Comunidad de misión en la Compañía de María*, SPM, Madrid 1997. Para la perspectiva cristológica, es importante E. Arens, *Jesucristo Hijo del Padre e Hijo de María para la salvación del mundo*, SPM, Madrid 2000; para la perspectiva mariana ya hemos citado el de J. R. García Murga, *Jesucristo, Hijo de María Mujer en misión*; para la perspectiva eclesial habrá que esperar el de J. Roten en esta misma colección.

irrumpe en nuestra vida, acogiendo su palabra, experimentando su amor incondicional, dejando transformar nuestra existencia *no soy yo el que vive es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Sólo entonces, cuando estoy lleno de Dios puedo anunciarlo y hacerlo presente para los demás. Como quería el P. Chaminade Jesús tiene que ser concebido en nosotros por obra del Espíritu Santo y la colaboración de María Virgen. Para evangelizar tenemos que ser evangelizados.

4.2 Dar a luz a Jesús

Después de la concepción está el nacimiento. El nacimiento no es desde luego nuestra inserción en el mundo. Ya la teníamos en el seno de nuestra madre a través de ella. El hombre está siempre en el mundo. Pero al nacer lo está de una manera nueva cuyo comienzo no deja de ser traumático. No es extraño que nazcamos llorando. Protestamos ante el mundo inhóspito que nos acoge al abandonar el calor del seno materno. Al independizarnos de la madre, empezamos a afrontar la dura realidad, empezamos nuestro camino hacia la libertad. La vida es proyecto, misión, necesidad de llegar a ser lo que uno es. Ya lo soy, pero lo soy en germen. Para la madre, la nueva vida es alegría: la mujer cuando va a dar a luz está triste porque la llegada la hora, pero cuando ha dado a luz al hijo no recuerda lo sufrido sino que se alegra de que ha venido un nuevo ser al mundo (Jn 16,21).

Con su nacimiento, Jesús empezó su aventura de ser hombre, de ir aprendiendo a serlo y al mismo tiempo su misión de ir revelándonos al Padre. Dios mismo ha querido tener un rostro de niño, ha querido confiarse a los cuidados maternos de una madre, ha querido ir madurando lentamente para poder hacer suya toda la historia de la humanidad, *en todo semejante a nosotros menos en el pecado*. La figura de María, la figura de la Madre por excelencia, no puede ser nunca la imagen de ese seno materno al que querríamos volver para evadirnos de la realidad dolorosa del mundo. María es la Madre que nos lanza a la vida y al compromiso. Aquí están también las raíces de nuestra espiritualidad de encarnación, de presencia en el mundo. No estamos protegidos tras los muros del convento sino que nos toca vivir el Evangelio a la intemperie en estos tiempos recios. La devoción a María nunca puede ser la búsqueda de un refugio para evitar los problemas de la vida sino que debe ser la fuente e inspiración de nuestra presencia en el mundo y de cómo educar a otros en la fe para vivirla en este mundo de la indiferencia religiosa.

La escena del nacimiento de Jesús nos invita a la misión, a la evangelización. María, que había acogido la palabra en su seno, la da a luz como salvación de las gentes, sobre todo de los pobres. La evangelización va asociada a la alegría mesiánica y nunca va en una única dirección. También el que evangeliza es evangelizado, como María y José, que reciben de los pastores el significado del acontecimiento. En la evangelización, también el anunciador es evangelizado. En la evangelización damos a Jesús a los demás y al mismo tiempo Jesús crece en nosotros. Eso es la causa de la alegría.

4.3 Formar en la fe a una multitud de hermanos

Con el nacimiento empieza la aventura de ser hombre. Una aventura lenta y mucho más larga que la de los demás animales. En realidad dura toda la vida. Se trata de un proceso de formación, de adquirir forma humana, que tiene lugar a través de la *educación*, es decir de sacar a la luz aquello que ya está presente en nosotros, llevarlo a pleno desarrollo: llega a ser el que eres. Es un proceso en el que uno aprende a

relacionarse, a dialogar con el mundo, con los demás, consigo mismo y con Dios. Aprendemos a ser personas, sobre todo a hacer uso de nuestra libertad, viendo cómo otras personas hacen uso de ella. La presencia de los padres, de un ambiente familiar, y de los educadores es fundamental.

Jesús fue educado por María y José. Maduró en el seno de una familia. En defensa de la divinidad de Cristo, se han exagerado de tal manera sus rasgos divinos que su realidad humana aparece gravemente ocultada. Sobre todo el aspecto evolutivo que tiene toda realidad humana que va madurando lentamente. Se olvida a menudo que Jesús fue educado por José y María en el seno de una familia de entonces, que sostenía unas relaciones muy estrechas con los primos y otros parientes. La familia era, mucho más que ahora, que existe la escuela y los medios de comunicación, el factor educativo casi exclusivo. De ella se heredaba todo, incluso la profesión. Jesús, como nosotros, aprendió de su familia todo un sistema de *valores* y de *actitudes*.

La educación no acaba nunca. María, presente y asociada a los misterios de Jesús, es un polo de referencia en la vida de Jesús. Lo es por su simple presencia y testimonio, pero también por sus intervenciones, diríamos proféticas, que hacen reflexionar a Jesús sobre su propia misión. A veces, más que ser educado Jesús por María, es María la educada por Jesús. Muchas escenas del Evangelio muestran esa pedagogía de Jesús, conduciendo a su Madre de la realidad de su maternidad natural al plano evangélico en el que ella se va situando (Lc 2,40-52;8,19-21; Jn 2, 4-5). Es María la que se convierte en discípula de Jesús.

El proceso de educación nos indica el camino de la misión. La predicación, la inculturación, el diálogo y la liberación se tornan evangelización cuando la Palabra de Dios se convierte en *testimonio profético* que busca transformar la cultura, ser crítica sobre las legitimaciones fáciles de la religión e interpelar las estructuras económico-políticas y socio-culturales opresivas. La misión es, por tanto, profecía que radicaliza el diálogo evangelizador de la Buena Noticia con las culturas humanas, las religiones y las estructuras opresivas.

Jesús es el profeta definitivo que revela a Dios. También María en el Magnificat ha sabido percibir la acción de Dios en la historia (Lc 1,45ss). Según el P. Chaminade María hace una lectura de la historia en que la vida está constantemente amenazada por las fuerzas de la muerte. Dios, sin embargo, cambia o invierte los valores dominantes. Los libros de historia hablan de reinos e imperios, de reyes y generales. Hablan sobre todo de los triunfadores y nadie se acuerda de los perdedores. María, sin embargo, proclama que los que cuentan en la historia son los pobres y los humillados, no los ricos y poderosos. La historia crece siempre por los extremos, los márgenes. La historia avanza gracias a los marginados. Los satisfechos están contentos con la situación actual y no tienen interés en que la historia cambie. Chaminade ha leído el Magnificat en clave histórica. Descubre en los diversos momentos de la historia la acción salvadora de Dios que cambia las situaciones de los hombres. El mal no tiene una realidad puramente mítica o abstracta. Se encarna en las circunstancias concretas de la historia de los hombres. María recuerda el pasado. Siempre Dios ha deshecho los planes de los malvados contra su pueblo. La liberación de Egipto es la obra salvadora por excelencia. Pero María mira también María hacia el porvenir. Lo que nos dice del Faraón es una profecía de lo que debe suceder a todos los que, elevándose con furor contra Jesucristo y su religión, han visto anonadados los orgullosos deseos de sus corazones o han venido a ser herencia y conquista de ese mismo Jesucristo, que ha extendido su imperio sobre todo el universo.

El profeta es alguien llamado y enviado a recordar al pueblo las intervenciones

salvadoras de Dios en el pasado, a llamarlo a la conversión desde la infidelidad a Dios en el presente y a instarlo a construir una humanidad nueva, que es la promesa de Dios a todos los pueblos. Es una llamada a la esperanza activa basada sobre la experiencia y la memoria. La Iglesia no indica sencillamente un futuro reino de Dios, sino que debería ser un símbolo de este reino en su vida y comunidad. Su vida misma es una proclamación profética y una invitación a la acción. Está llamada a ser una contracultura, no sencillamente siendo crítica y negativa, sino proponiendo una alternativa de ser y vivir la comunidad.

La evangelización es ante todo la transmisión de una vida, de unos valores, de unas actitudes. También en las otras culturas hoy día hay vida y valores, al lado de muchos contravalores que crean una cultura de muerte. Es necesario saber discernir. Lo que el mundo necesita hoy no son maestros sino testigos creíbles.

La evangelización es un proceso en el que el anuncio de la palabra ocupa un lugar central. Hoy se ha desarrollado la teología misionera de la palabra. En la obra misionera es necesario, pero no suficiente el testimonio *mudo* de la vida. El testimonio de la vida es un signo necesario. Pero sin el testimonio de la palabra no hay verdadera evangelización. El misterio y el Evangelio de Cristo deben anunciarse siempre. El diálogo no reemplaza la evangelización, ni dispensa de la misma (RM 55,11,44,46).

¿Cómo anunciar? En la teología actual el término *transmitir fielmente* el Evangelio recibido ha pasado a ocupar un primer plano. No debemos olvidar que la revelación que anunciamos es nueva y definitiva. No podemos crear un Evangelio más actual que aquel que nos ha transmitido la Iglesia: es cierto que debemos encontrar siempre fórmulas nuevas, nuevos modos de expresarlo (aquí entra en juego la inculturación) para expresar este contenido irremplazable. El misionero tiene la obligación de la denuncia profética, especialmente si se trata de las denuncias del pecado. Pero, Cristo nos ha mandado ser sus *testigos* (He 1,8). El testigo no es un simple evangelizador, sino que habla de una experiencia vivida, comunica al mundo la experiencia de Jesús. Jesús, testigo fiel, hablaba de aquello que ha visto y oído del Padre. El mundo no necesita maestros sino testigos. El Evangelio que anuncian es ante todo una Buena Noticia, - hemos sido salvados y tenemos a un salvador-, que debe contagiar esperanza y gozo al mundo.

¿Cómo transmitir hoy la experiencia de Jesús? Aquí está el gran reto de la evangelización hoy. En el comienzo estuvo la experiencia de Jesús por parte de sus discípulos (1 Jn 1,1ss). Después vino la narración, que ya supone una cierta deteriorización. A partir de la narración se construye la reflexión doctrinal que acaba concentrándose en la moral de las leyes y normas. ¡Y a esto muchas veces le llamamos evangelización! Todo se reduce a una moral desencarnada y abstracta que ha perdido el contacto con Jesús, que está en el origen de la experiencia cristiana. Lo mismo ocurre con la vida religiosa. En el comienzo está la experiencia del fundador y de nuestra propia vocación. La hemos contado algunas veces en algunas reuniones como algo que tuvo lugar y que quizás ya no la experimentamos como respuesta constante a una llamada constante. La hemos simplemente intelectualizado para funcionar en la vida diaria.

Hay que recuperar la novedad inagotable de la experiencia. Se trata de estar naciendo de nuevo. Hay que retornar a la experiencia. La reflexión ayuda a comprender la experiencia para centrar la vida en una relación de amor con Dios. Volver a la experiencia no significa una vuelta al pasado sino a aquello que está aconteciendo hoy. Jesús vive hoy y sale al encuentro de aquellos que le buscan. Los que le acogen sienten que sus vidas son transformadas desde el interior.

La experiencia, aunque personal, acontece en el interior de una comunidad que

vive y comunica la fe. ¿Cuáles son las condiciones de credibilidad del lenguaje de la comunidad de Jesús hoy? Ante todo se necesita comunión interna. Y aquí el escándalo de la división de los seguidores de Jesús bloquea muchas veces el acceso a la fe. Pero otro elemento imprescindible es la opción por los pobres, que son la inmensa mayoría de los hombres. Esto exige un gran cambio en las personas y en las estructuras. Es necesario también una opción por la no-violencia y por la defensa de la vida y la integridad de la creación. Se necesita diálogo, sobre todo el diálogo de la vida. No se pretende convertir a los demás sino caminar junto a los otros, conscientes de que el principal protagonista de la misión es la Palabra interior, que sólo pronuncia el Espíritu.

4.4 El testimonio profético de los religiosos

Todos los cristianos, todos los miembros de la Familia Marianista, ofrecen un testimonio profético, pero a través de formas diferentes. La vida cristiana tiene dos dimensiones, la histórica y la escatológica o definitiva. Todos vivimos ambas dimensiones. Estamos empeñados en la construcción del mundo y al mismo tiempo sabemos que no es lo definitivo sino que esperamos el reino que Dios trae. Las diversas formas de vida cristiana ponen acentos diversos a estas dimensiones. Los laicos, sin olvidarse de la patria definitiva, se empeñan en construir la ciudad terrena de acuerdo con los valores evangélicos. Los religiosos, en cambio, aunque participando todos en la construcción de la ciudad terrena, recuerdan a toda la Iglesia que somos peregrinos hacia la patria definitiva⁷. Los religiosos son signo sacramental de la presencia del reino ya entre los hombres en el acontecimiento de Cristo Jesús. La diferencia de los religiosos respecto a los demás cristianos no es de oposición ni de marginalidad ni de paralelismo sino de centralidad e intensidad representativa.

La vida religiosa se hace profecía en la misión bajo la acción del Espíritu Santo. La vida religiosa tiene la misión profética de recordar y servir el designio de Dios sobre los seres humanos. Lo hace cuando sus personas tienen una profunda experiencia de Dios y toman al mismo tiempo conciencia de los desafíos del propio tiempo a la luz del Espíritu. Los religiosos son profetas de la esencia de la vida cristiana de todos: anunciadores de la consagración, de la comunión y de la misión de todo el pueblo cristiano; testigos visibles de lo que significa el bautismo, la eucaristía y la confirmación. Gracias a esto, la vida religiosa no es signo o profecía porque es un servicio sino que es un servicio porque es signo o profecía.

La vida religiosa es una instancia profética de constante reclamo a la conversión y al crecimiento eclesial y un factor visible de la vocación de la Iglesia para la santificación a través de la pública relativización de las realidades mundanas de gran significado. Estas realidades tienen su contrapartida en la índole misma de la vocación religiosa y de los tres votos principales que por los siglos han caracterizado y que cubren de hecho la totalidad de la persona humana. Se trata de una vida orientada primariamente hacia Dios y hacia los demás más que hacia uno mismo y sus parientes,

⁷ Acerca de la misión y del testimonio de los religiosos, cf. M. Amaladoss, “Los religiosos en misión”, en USG, *Carismas en la Iglesia para el mundo. La vida consagrada hoy*, San Pablo, Madrid 1995, ps. 135-150; J. C. R. García Paredes, *Teología de las formas de vida cristiana*. III. *Perspectiva sistemático-teológica. Vocación-consagración-misión-comunión*, P. Claretianas, Madrid 1999, ps 203-305; A. J. Roxburgh, *Missionary Congregation, Leadership and Liminality*, Trinity Press International 1997; B. Secondin, *Il profumo di Betania. La vita Consacrata come mistica profezia e terapia*, EDB, Bologna 1997; J.M. Vegas, *Los desafíos del mundo moderno y la misión de la vida religiosa*, P. Claretianas, Madrid 1995; J. Rovira, *Vita consacrata e profezia*. Supplemento a *Testimoni* n. 5, C. E. Dehoniano, Bologna 2001.

cohermanos y amigos.

Al profesar y vivir el estilo de vida de Jesús en pobreza, castidad y obediencia, estamos haciendo presente el reino de Dios en el mundo. Este reino es amor y justicia, reconocimiento de Dios como Padre y construcción de una sociedad fraterna. Hoy día los religiosos debemos insistir en el testimonio del compromiso por los pobres y de la oración. La opción preferencial por los pobres es un lenguaje que comprenden todos. Cada vez que algunos de los religiosos han sido asesinados en el tercer mundo, toda la prensa se ha hecho eco de ello porque su ejemplo de dejar las comodidades de nuestra cultura para ir a otros lugares interpela a nuestros contemporáneos. Lo mismo cabe decir de la presencia de los religiosos entre los pobres de nuestras ciudades aunque la prensa hable menos de ellos.

Tan sólo se puede ser profeta si se ha entrado en el corazón de Dios y en sus planes de amor sobre el mundo. Sólo cuando se ha adquirido una sintonía profunda con el obrar de Dios puede uno leer los signos de los tiempos, descubrir sus exigencias y elaborar nuevas respuestas a los desafíos del mundo. El mero hecho de dedicar tiempo a la oración es ya un testimonio admirable de gratuidad. Hoy día el tiempo es dinero. Dedicar tiempo a Dios no es rentable, pero es el testimonio de que El es lo más importante para el religioso y para la construcción del reino.

La profesión de los consejos evangélicos lleva a los religiosos a buscar a Dios, a buscar la santidad, pero al mismo tiempo proponen una especie de *terapia espiritual* para la humanidad porque rechazan la idolatría de lo creado y en cierto modo hacen visible al Dios de la vida (VC 87). La consagración religiosa a Cristo es claramente pascual. Lo que falta hoy es la fe en la vida eterna. En Cristo la castidad consiste en la contemplación eterna de lo escatológico. Los religiosos dan testimonio del valor profético de su vida célibe-una vida de amor universal-en un mundo impregnado de erotismo. Este testimonio invita a hombres y mujeres a centrar su amor en Cristo, a asumir su sexualidad, a aportar su servicio a la comunidad cristiana y a vivir un amor despojado de todo egoísmo. Sobre todo da un testimonio de amar a todos los desamados. La castidad consagrada aparece como una experiencia de alegría y de libertad y ofrece un precioso estímulo para formar para la castidad necesaria en los demás estados de vida cristiana.

La opción por los pobres se sitúa en la coherencia entre consagración y misión. En Cristo pobre, la consagración jamás significa el alejamiento de las urgencias humanas (RV 27). Pero la misión a los pobres en nombre de Cristo no puede quedar reducida a un mero desarrollo económico o incluso humano. La opción por los pobres testimonia que el ser es más importante que el tener, la gratuidad que la producción. La pobreza evangélica es un valor en sí misma pues recuerda la primera de las bienaventuranzas en el seguimiento de Jesús pobre. Ella testimonia que Dios es la verdadera riqueza del corazón humano. Por eso es protesta con fuerza contra la idolatría del dinero, en una sociedad de consumo que corre el peligro de perder el sentido mismo de las cosas. Ante la limitación de recursos del planeta, es una invitación al respeto y salvaguardia de la creación mediante la reducción del consumo, la sobriedad y el control de nuestros deseos. Ante todo el amor preferencial por los pobres se manifestará en compartir el estilo de vida de los desheredados.

La consagración se realiza en la obediencia a un Dios que, por Cristo y en su Espíritu está siempre manos a la obra por nosotros. La obediencia injerta nuestra misión en la misión de Cristo, que libera nuestras energías de amor por la castidad y la pobreza, para el cumplimiento de esa misión (RV 31). La obediencia religiosa-vida de estado de búsqueda de la voluntad de Dios-habla a un mundo dominado por la noción de poder y egoísmo más que por la de servicio. La obediencia religiosa testimonia que no existe

contradicción entre la obediencia y la libertad, valor supremo y absoluto de la modernidad, siempre que se trate de una verdadera libertad. Se trata de la libertad de los hijos de Dios, tal como la vivió Jesús en relación con el Padre, abriéndose a la fraternidad universal y respetando por tanto los derechos y libertades de todos.

La manera de practicar hoy la autoridad-obediencia religiosa da el testimonio de un nuevo tipo de relaciones interpersonales inspiradas en la caridad activa, la fe, la sencillez, el servicio y la ayuda fraternal. Toda la Iglesia tiene mucho que aprender del estilo de ejercer la autoridad en la vida religiosa. Así lo señalaba el P. David Fleming en el Sínodo sobre los Obispos de 2001. El discernimiento de la voluntad de Dios se hace en comunidad. Cada uno mantiene con el otro un precioso diálogo para descubrir la voluntad de Dios y todos reconocen en el que la preside la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de Dios al servicio del discernimiento y de la comunión. La vida religiosa marianista dice sus palabras proféticas comunitariamente, siguiendo el ejemplo de Dios-Trinidad y de la comunidad profética alrededor de María en Pentecostés. Misioneros de María, debemos anunciar la Palabra de Dios como lo hizo ella: en fe, humildad y confianza; con sensibilidad, solicitud y compasión. Nuestra palabra como la Palabra por excelencia en el seno de María, debe ser concebida por el Espíritu Santo.

La comunidad es ya por sí misma un camino de evangelización. La vida religiosa se convierte en buena nueva por la vida comunitaria misma en un mundo de conflictividad, de violencia, de discordia (VC 51). Proclama así la misión de Cristo que ha venido a hacer de todos los hombres hermanos en la unidad de la comunión trinitaria (RV 44). La comunión es para la misión y la misión es para la comunión. Los religiosos son expertos en comunión. Las comunidades con religiosos de diversos pueblos y culturas muestran cómo es posible vivir en paz y en comunión en nuestro mundo superando las fronteras de razas, lenguas, culturas, e incluso religiones.

La comunidad por sí misma es apostólica (RV 67). Una comunidad de religiosos, aunque todos estén retirados y no realicen ninguna actividad apostólica concreta, tiene una misión: la de crear fraternidad entre los hombres. Nuestro ejemplo de personas de diversos orígenes debe mostrarles a los cristianos que es posible construir una sociedad reconciliada yendo más allá de los estrechos muros de la familia. La misión marianista tiene un carácter eminentemente comunitario. La manera por excelencia de realizar nuestra misión es la comunidad en sí misma. Es sin duda el testimonio comunitario el que cuenta para presentar el espectáculo de un pueblo de santos, que viven y comparten su fe, es decir el evangelio.

Nos reunimos para formar comunidades de fe y nos proponemos comunicar esa misma fe a nuestros hermanos los hombres (RV 3). La fe significa sin más el Evangelio.

La manera característica de evangelizar es vivir en comunidades animadas por la fe, como la primitiva comunidad de Jerusalén. Así ofrecemos el testimonio de la presencia de Cristo y muestran que el también hoy se puede vivir el evangelio con todo el rigor de la letra y de su espíritu (RV 9). Así se supera la falta de esperanza, el individualismo, el escepticismo y el materialismo reinante. De las comunidades religiosas se espera que en ellas se pueda encontrar a Dios y que sus miembros sean expertos en conducir a otros por los caminos de Dios, sabiendo ante todo dialogar con la llamada *religión líquida* o no eclesializada de nuestros días.

Debemos recordar, sin embargo, que el testimonio profético de la vida religiosa no es una consecuencia automática de la puesta en marcha de una estructura o de la práctica externa de los votos. Pertenece íntimamente al mundo que queremos evangelizar y tenemos individual y colectivamente el mismo afán de posesión, ansia de

poder, búsqueda de falsa seguridad y abuso de privilegios. Los religiosos podemos evangelizar sólo a condición de dejarnos evangelizar nosotros mismos, tanto a nivel individual como comunitario. Cuanto más aceptemos evangelio, tanto más deberemos olvidarnos de nosotros mismos por el bien del reino. Los votos y las estructuras de la vida religiosa deben estar profundamente enraizados en el Sermón de la montaña y testimoniar los valores evangélicos: sencillez, humildad, paz, un amor que incluso comprenda a los propios enemigos, deseo de reconciliación, participación de los bienes y confianza en el Padre. El adquirir estos valores evangélicos supone un desarrollo de las virtudes de purificación según el P. Chaminade. Imitando a los auténticos profetas, especialmente a Jesús mismo, los marianistas procuramos dedicar nuestras energías personales y comunitarias a escuchar la palabra de Dios y a proclamarla a nuestro mundo.

4.5 Un estilo mariano de Iglesia

En la misión intentamos vivir y hacer todo con un *espíritu*: el espíritu de María. Ese *espíritu* se caracteriza por la libertad evangélica y la disponibilidad, por el amor misericordioso atento a toda necesidad y a toda clase de personas, por la creatividad y la apertura, por la humildad y la sencillez, por la capacidad de hacer silencio y de guardar las cosas en el corazón, por saber estar al lado de los que sufren, y para descubrir lo nuevo que Dios va realizando en la historia. Sólo encarnando en su vida las actitudes de María, el marianista adquiere su plena identidad y puede responder con todas sus energías al proyecto misionero. Cuando este *espíritu* se hace carne en nosotros nos convertimos en *hombres del Magnificat* (EPE 24s).

La Familia Marianista, tal y como la presenta nuestro fundador, tiene por objeto ejemplificar este estilo de vida. Queremos aceptar a las personas con acogida cordial (RV 8) e invitarlas a crecer en las actitudes características de María. Una oración de J. M^a Arnaiz ha popularizado esas características: la Familia Marianista es nuestra madre y nuestra familia. Una familia en la que se encuentra vida y entusiasmo, una comunidad de libertad, una comunidad que anuncia más que denuncia, una familia donde uno se podrá manifestar tal y como es, una comunidad para crecer en creatividad por el Espíritu, una comunidad que mira al futuro, inculturada, animada por el espíritu de la encarnación, la Pascua y Pentecostés, una comunidad de vida y amor, llena de esperanza, pequeña pero que tiene siempre con ella a Jesús y María. Una Iglesia en sintonía con el dinamismo de los pobres, caracterizada por la solidaridad, la justicia y la responsabilidad social. El estilo mariano de Iglesia valorará la autoridad y colaborará con ella, pero dará también valor a la comunión entre todos. Evitará todo clericalismo y uniformidad. Respetará el cuestionamiento humano y la diversidad humana. Es una Iglesia reunida en torno a María a la espera de Pentecostés (He 1,14). Es la imagen que inspiró al Capítulo de 2001 y al encuentro de las Comunidades Laicas en Filadelfia (Fleming)

Nuestra manera de construir un modelo mariano de Iglesia se realiza, entre otros medios, haciendo familia, construyendo la Familia Marianista. Esta, como toda familia, es una Iglesia doméstica. En ella experimentamos el intercambio de carismas: Comunidades Laicas Marianistas (en las que esperamos que como en las Congregaciones del P. Chaminade, haya también algún día sacerdotes diocesanos), Alianza Marial (para la cual deseamos también una rama masculina), Hijas de María Inmaculada, Religiosos Marianistas (sacerdotes y religiosos laicos). Es sin duda una Iglesia en pequeño donde se pueden cultivar mucho mejor las relaciones de familia y ofrecerlas a la Iglesia particular y universal para que sea verdaderamente la Familia de

Dios.

Los religiosos marianistas estamos convencidos de que *en la medida en que profundicemos en la realidad de la Familia Marianista, los miembros de la Compañía de María comprenderemos mejor nuestra identidad de religiosos marianistas* (CE 56). Es decir, la Familia Marianista no es un simple ámbito de apostolado, de realizar la misión juntos sino que forma parte también de nuestra identidad, de nuestra vida. Es aquí donde nos queda todavía mucho camino que recorrer. Hoy día están surgiendo nuevos modelos de vivir el evangelio con comunidades que agrupan a sacerdotes, religiosos, religiosas y familias cristianas. Tal tipo de comunidad de vida no se podía imaginar en tiempos del P. Chaminade, que fue un innovador en la interrelación de sacerdotes, seglares y religiosos. Tampoco se trata de que nosotros copiemos las nuevas fundaciones y vivamos todas las ramas unidas en una misma comunidad bajo el mismo techo. Existen, sin embargo, fórmulas intermedias, que nos ayudarán a vivir como familia. Antes muchas veces, cuando un hijo se casaba, la nueva familia seguía viviendo en la casa de los padres, bajo el mismo techo, hasta que lograba construir su propia casa. Ahora normalmente los hijos casados no viven con los padres. Tienen su propia familia pero siguen teniendo unas relaciones de familia con sus padres. La Familia Marianista puede ser una familia de familias en la que ninguna rama puede pretender ser los padres. Más bien tenemos que imaginarla como una Familia de familias de hermanos. Hacer familia es la manera concreta de realizar lo que llamamos misión compartida.

El Capítulo General último para avanzar en esa dirección propone: 1) vivir auténticamente el carisma marianista como un modo de ser Iglesia y de servirla; 2) motivar, capacitar y favorecer a los religiosos, desde su formación inicial, para que puedan aportar su contribución específica en las tareas de animación de la Familia Marianista, abiertos a recibir y pedir ayuda de los demás integrantes de la misma; 3) continuar clarificando las exigencias concretas que, en relación con la identidad, la vida, la misión y las estructuras de gobierno, trae para la Compañía su creciente vinculación a las otras ramas de la Familia Marianista; 4) desarrollar y fortalecer los Consejos de Familia como instrumentos válidos para la animación de toda la Familia Marianista; 5) elaborar programas de formación conjuntos, de ámbito nacional, especialmente en el carisma y la espiritualidad marianistas; 6) fomentar formas de participar de la misión y del espíritu de la Compañía de María: colaboradores, voluntariado, afiliados...; 7) planificar e iniciar experiencias de misiones compartidas con las otras ramas de la Familia Marianista según las posibilidades locales (EPE 37).

4.6. *Haced lo que él os diga: Nova bella*

Nuestra misión es universal porque nos inspiramos en la consigna de María a los servidores de Caná: *Haced lo que él diga*. Estamos, pues, abiertos a todas las actividades apostólicas a las que Dios nos llame para responder a las necesidades de los tiempos y lugares (RV 10). Esto supone el estar constantemente atentos a los signos de los tiempos a través de los cuales nos habla Dios. María hoy nos dice: no tienen pan no tienen casa, no tienen familia, no tienen posibilidad de educación, no son respetados sus derechos, no tienen alegría, no tienen a Dios en sus vidas. Todas estas necesidades están pidiendo nuevas respuestas: *nova bella*. El P. Chaminade estaba abierto a todos los medios y por eso nuestra misión es universal.

Lógicamente no podemos hacer todo. Tampoco el P. Chaminade hizo de todo. Era una persona que tenía unas prioridades claras. Como marianistas tenemos nuestra manera de ver la realidad y responder a ella. Nuestra misión marianista se realiza a

través de la educación en la fe, especialmente de los jóvenes y de los pobres, y de nuestros esfuerzos a favor de la paz, la justicia, la solidaridad y la integridad de la creación, particularmente a través de la formación y animación de comunidades apostólicas comprometidas en la transformación de la sociedad. La creación y multiplicación de esas comunidades es el primer objetivo de nuestra *misión* (EPE 25).

La cultura actual, que hemos descrito al comienzo del capítulo, presenta nuevos retos y exige nuevas respuestas en que deben integrarse estas cinco dimensiones: paz, justicia y solidaridad, ecología, las religiones-ecumenismo, la cultura. No existen las unas sin las otras. Juan Pablo II las ha llamado los nuevos areópagos (RM 37). Estos son los nuevos paradigmas culturales, es decir las nuevas matrices donde se fragua y se expresa vitalmente el modo de pensar y sentir de nuestros días. Estas dimensiones comportan un nuevo talante de *diálogo*, es decir, la renuncia a toda violencia o a querer imponer el propio punto de vista. Hay que presentarse desarmado, dispuesto a ponerse en el lugar del otro, a aprender del otro, superando el propio etnocentrismo. El diálogo no puede ser puramente teórico o de ideas. Hace falta, por tanto, una nueva experiencia y nueva pedagogía espiritual. Juan Pablo II ha señalado los cuatro aspectos de todo diálogo.

1) Diálogo de la vida: se trata de vivir con un espíritu de apertura, compartiendo los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los afligidos (GS 1). Los religiosos tenemos que derribar las barreras que todavía nos separan de la ciudad y ser capaces de llevar una vida ordinaria, que nos permita entrar en las vidas de las personas y a ellas entrar en nuestras vidas.

2) Diálogo de las acciones: consiste en colaborar en el desarrollo de la liberación, que da credibilidad a nuestra imagen pública. El voluntariado es hoy día la gran oportunidad para colaborar con no creyentes en la transformación del mundo.

3) Diálogo de la reflexión: se trata de hacer una lectura y análisis de la realidad que, por parte cristiana, debe ser una lectura teológica que contribuya al patrimonio general de las ideas. A pesar del gran número de instituciones culturales de la Iglesia, no es ésta la que hoy día crea reflexión y pensamiento en el mundo. La reflexión de estas instituciones está demasiado centrada en una cultura eclesial ininteligible para el hombre de hoy.

4) Diálogo de las experiencias religiosas: nos lleva a compartir nuestras vivencias de fe y de participar mucho más en las manifestaciones de la fe de nuestro pueblo.

Para realizar este diálogo se necesitan comunidades religiosas visibles y transparentes. Se necesitan espacios de diálogo, lo que supone derribar los muros que nos separan de las personas. La Familia Marianista puede ser ese espacio privilegiado donde aprendamos a dialogar. Se necesitan tiempos liberados para el diálogo. Necesitamos liberarnos del stress de las cosas a hacer para poder dedicarnos verdaderamente a ser. Se necesita una dinámica intracomunitaria intergeneracional con presencia de jóvenes, adultos y ancianos. Nuestras comunidades deben ser una escuela de diálogo.

El mayor enemigo de la vida es la *guerra*. A pesar de la caída del muro de Berlín en 1989, que puso fin a la guerra fría, las guerras calientes están proliferando más que en aquella época. Muchas de ellas son guerras civiles que representan auténticos genocidios. Son conflictos casi tribales azuzados muchas veces por los intereses de las grandes potencias. Pero la principal causa de la guerra es la miseria fruto de explotación existente. En un mundo con ingentes recursos el contraste entre ricos y pobres es cada vez mayor. Si quieres la paz trabaja por la justicia y la solidaridad. De lo contrario será imposible desterrar la guerra, la violencia, el terrorismo y esas mareas de desesperados

que llaman a las puertas de nuestro continente rico. Hay que crear un clima de reconciliación y perdón.

Ante la situación de hambre de dos tercios de la humanidad, no hay más remedio que movilizarse y compartir los recursos. Pero al mismo tiempo hay que denunciar la organización injusta del mundo, fruto de una cultura egoísta. Hay que ayudar a todos los pueblos para que puedan ser artífices de su propio destino. La situación de la deuda externa hace que muchos de ellos no tengan futuro. La promoción de la *justicia* debe rechazar en lo posible toda forma de violencia, intentando vencer el mal con el bien. Los cristianos, como Jesús, deben compartir el destino de los pobres, al mismo tiempo que se lucha contra la pobreza. Viviendo solidarios con ellos, nos daremos cuenta que los pobres nos evangelizan porque abren nuestros ojos a los auténticos valores humanos.

Hay que hacerse presente proféticamente en el *mundo de la injusticia* y de la discriminación social, sexual, cultural, denunciando la injusticia de las estructuras, buscando alternativas más justas, acompañando al pueblo en esta situación de exilio, suscitando la esperanza en el Dios de la promesa (misterio pascual). La opción por los pobres es el único lenguaje que entiende el hombre de hoy. Trabajo en la búsqueda de una paz justa y de un ordenamiento internacional y nacional equitativo y justo, colaborando con los movimientos por la paz y la justicia.

La globalización alabada por los economistas, los teóricos y los líderes políticos y económicos es una globalización desde arriba. Hay que oponerle una globalización desde abajo en la que el pueblo de la base se una para imponer sus necesidades e intereses al proceso de globalización. Juan Pablo II ha hablado de la globalización de la compasión. Su objetivo es conseguir suficiente control democrático sobre los estados, los mercados y las corporaciones para permitir al pueblo y al planeta la supervivencia y diseñar un futuro viable. Nuestro mundo de un consumismo excesivo está realizando un expolio de los recursos de la tierra y haciendo de ella un basurero que pone en peligro la vida de las generaciones futuras. Hay que volver a valores tan evangélicos como la austeridad, el ayuno, el compartir. A la dinámica de la producción, adquisición y gratificación debe contraponerse la constancia y la perseverancia de la praxis de la producción, del compartir, de la liberación de los discípulos de Jesús. La gratificación instantánea pudiera ser una falsa necesidad. Hay que promover la comunión como religiosidad auténtica. Se trata de ser sensible al mundo de la ecología y salvaguardia de la creación, sabiendo que es toda la vida de la humanidad la que está en riesgo. Esto implica un cambio de conciencia sobre la tierra y el medio ambiente con posibilidades concientización a través e todos los medios posibles, testimonio personal de sobriedad y anticonsumo. Hay que buscar otro tipo de gratificación en las comunidades de base. La promoción de la solidaridad, no la división; la cooperación, no la manipulación; la paciencia, no la agresión; la cohesión y la participación, no la eficacia y la solidez de la contabilidad financiera; la espontaneidad y el calor, no el formalismo y la indiferencia; la simpatía, no la determinación rigurosa del precio. Todo esto conduce a una vida plasmada por los valores promovidos por el mismo Jesús de Nazaret.

El Capítulo General de 2001 ha formulado toda una serie de propuestas en el trabajo a favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación. Se trata de: 1) potenciar, tanto en las personas como en las comunidades, formas de presencia, de solidaridad y de compromiso con los pobres, los excluidos y los que sufren; 2) promover en todas nuestras obras pastorales la formación y el compromiso para trabajar en la erradicación de las causas que engendran la injusticia, la pobreza y la exclusión; 3) vivir la intuición misionera del P. Chaminade, tejiendo, en unión con los seglares, redes de solidaridad para llegar a todos los ámbitos de la vida; desarrollar, en este sentido, el

servicio de hermanamiento de las misiones marianistas y el servicio internacional de voluntariado en el seno de la Familia Marianista; 4) procurar que todas las nuevas implantaciones (tanto en el propio país como *ad gentes*) estén guiadas por la preocupación de hacerse presentes entre los pobres; 5) llamar a los jóvenes religiosos a acrecentar su dinamismo misionero dentro y fuera de sus propios países (EPE 34).

“No habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones. No habrá paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones. No habrá diálogo entre las religiones sin la búsqueda de los fundamentos teológicos” (Hans Küng). La división de los cristianos es un gran escándalo que quita credibilidad a la Iglesia. Hay que trabajar en el campo del *diálogo ecuménico e interreligioso*, con una sensibilidad especial para ver la acción del Espíritu en los deseos de trascendencia y de justicia. Se trata de promover la contemplación, o si se quiere la dimensión espiritual de la persona. Se trata de la *formación en la fe*.

El Capítulo de 2001 ha insistido sobre todo en la formación de los jóvenes. Estamos convencidos de la importancia de evangelizar a la juventud. De ella depende el futuro de la Iglesia. En la actualidad, como en su tradición, el trabajo de una buena parte de la Compañía de María se dirige de diversas maneras a los jóvenes. Los jóvenes tienen derecho a encontrar en nosotros y en nuestras comunidades, testigos de la fe, ejemplos de búsqueda de lo trascendente y de compromiso solidario. El Capítulo hace una llamada a: 1) tener una mirada positiva sobre los jóvenes, y apreciar, cuidar y hacer crecer los valores que hay en ellos; 2) apoyarles en el desarrollo de su vocación cristiana para que se preparen a responder con entusiasmo a Cristo, ya sea en la vida secolar, en la vida religiosa o en el ministerio sacerdotal; 3) ayudarles a madurar afectivamente para que logren una sana y fecunda relación interpersonal, familiar y social; 4) estimularles a ser solidarios y a asumir un compromiso sociopolítico que les lleve a trabajar para construir un mundo reflejo del reino; 5) desarrollar comunidades juveniles animadas por la espiritualidad marianista; 6) realizar encuentros de zona con jóvenes y responsables de pastoral juvenil.

Esta pastoral juvenil no se realiza sólo en la llamada educación formal sino también en la educación no formal presente en la formación profesional y en los programas de desarrollo económico. Esta constituye una novedad importante y un verdadero signo de los tiempos en la vida marianista. En 1996 había 6 obras de educación no formal. Hoy día son 28. Están presentes en los países del tercer mundo, pero también en España, Italia, USA. La formación en la fe de jóvenes y adultos se realiza también en los centros de espiritualidad y en las parroquias, que nos han puesto en contacto con ambientes más sencillos (EPE 33).

Todo ello exige una *evangelización de las culturas*, una evangelización inculturada, no sólo en los llamados países de misión sino también en los países con una cultura poscristiana⁸. El anuncio de Cristo tiene que tener en cuenta las diversas culturas que están constantemente cambiando. La fe tiene que inculturarse. Esa inculturación es necesaria no sólo en los países de tradición no cristiana sino también en los tradicionalmente cristianos, porque la cultura es nueva. Muchos de nuestros contemporáneos europeos, no sólo los de países del Este de Europa, no han oído hablar de Cristo. Por eso el Papa ha pedido una nueva evangelización, una evangelización

⁸ Cf *Audacia y lucidez. Vida marianista y cultura moderna*, SM, Madrid 1992; M. Azevedo, “Di ché cosa parliamo trattando della inculturazione?”, *Inculturazione*, U.S.G. XXX riunione, 28 novembre-1 dicembre 1984; p 1-14; *Idem*, “Inculturazione e vita religiosa”, p.25-35.

nueva en su ardor, nueva en su metodología, nueva en su expresión. La nueva evangelización no es un tema, es un proyecto, al que al que se le puede cualificar como el primer plan pastoral orgánico de toda la Iglesia. La evangelización mira, no a las personas aisladas, sino a la cultura de los grupos y de los pueblos. Hay que estar muy al tanto de las tendencias culturales a nivel de los criterios de juicio, de los valores determinantes, de los puntos de interés, de los modelos de vida.

1. El punto de partida de la inculturación será siempre el conocimiento y la identificación de la cultura que se quiere evangelizar. Este conocimiento tiene lugar a través de la interacción entre el evangelizador que conoce el mensaje y trata de conocer la cultura que desea evangelizar y los sujetos que pertenecen a esa cultura y que la viven como propia. Son ellos los que dan la clave de lectura para comprender esta cultura. Este camino precede a una proclamación inicial y explícita del mensaje. En esta fase es importante descubrir en la cultura las “semillas del Verbo”, es decir las huellas de Dios en esta cultura, las huellas de Dios que ha pasado a través de ella y ha permanecido presente en ella, antes de la llegada del evangelizador. Para esta lectura es necesario dos criterios de referencia definitivos, el hombre y Jesucristo. Lo que en la cultura corresponde a estos dos criterios puede ser conservado, así como las formas en que se expresa la cultura que se quiere evangelizar. Lo que hay de evangélico hay que conservarlo aunque no corresponda a las formas en las que se expresa evangelizador. Esta conservación es ya una proclamación. Esta se hace después a partir del interior de la cultura que se está evangelizando, a través de la identificación y el reconocimiento de los aspectos en sintonía con el Evangelio.

2. Se trata de identificar lo que en la otra cultura es incompatible con el evangelio. De nuevo el hombre y Jesús serán los criterios fundamentales. La incompatibilidad puede presentarse de manera absoluta o de manera relativa. Identificar esa incompatibilidad con el evangelio, y no sólo con las formas culturales en las que se ha vivido, requiere ciertas condiciones. Por un lado la libertad interior del evangelizador en el confrontarse con su propia cultura. Por otro el discernimiento y percepción atenta del contexto cultural de destino para evitar preconceptos o valorizaciones indebidas. En relación con lo que es incompatible con el evangelio, la evangelización inculturada trata de hacer comprensible a las personas el por qué no es compatible. El proceso después se hará no tanto en términos prescriptivos de rechazo legal sino más bien transformando el corazón y la mente en el nivel individual y comunitario en el contexto de la cultura. Esta transformación de la cultura permite a los miembros de esa cultura hacer una nueva lectura de la propia cultura.

Ayudarles a tomar conciencia de que renunciar a estos elementos incompatibles con el mensaje no es rechazar la propia cultura. Al contrario, es purificarla por el bien de la cultura misma. Es hacerla crecer y potenciar el hombre en ella. Es el caso de la esclavitud, de la discriminación de la crueldad y violencias inherentes a ciertas culturas.. O bien la manera de concebir la ética sexual, matrimonial o prácticas concretas de mutilación, campos de salud, educación, relaciones sociales. En el caso de la sociedad moderna es la injusticia estructural, diversas formas de opresión y marginación, privación de libertad y de derechos personales. También aquí se da una proclamación indirecta del evangelio. Esta proclamación se concretiza de hecho con la nueva percepción de la cultura desde dentro de sí misma que hace posible remover los obstáculos a la evangelización. Hacer ese tipo de lectura es disponerse a la conversión.

Como cada cultura está entre las otras culturas, cada una lleva en sí el signo del límite. Ninguna cultura agota las virtualidades del hombre y de la humanidad. Cada una las expresa de manera limitada. Además como toda cultura es humana, por eso no escapa a las expresiones del límite humano, que es alejamiento del propio bien, la

perversión, la incoherencia en relación con los ideales, la infidelidad a la propia verdad. En lo más profundo de la cultura, como en la persona, hay un filón de pecado que emerge en la historia. La conversión será siempre un dato inherente al proceso de inculturación sea a nivel de individuo como de grupos.

En el caso de una incompatibilidad relativa de elementos de la cultura destinataria y el mensaje cristiano, la evangelización inculturada intentará identificar los aspectos válidos pero que deben experimentar una nueva orientación, para llegar a ser plenamente compatibles con el evangelio. Esta ha sido la pedagogía de Jesús en relación con la tradición judía: sábado, mandamientos. En la modernidad, del valor de la persona se ha pasado al individualismo, del valor de la igualdad de personas y de oportunidades se ha pasado a una competitividad cruel, de la propiedad a la concentración de riqueza, de la comunidad al comunismo, del valor de la sexualidad se ha pasado del tabú de la sexualidad reprimida al tabú de sexo permisivo, exhibicionismo pornográfico, homosexualidad institucionalizada. En estos casos la evangelización inculturada no consiste en negar los valores implícitos. Se propondrá reorientarlos.

3. Proclamación explícita de la novedad del evangelio. Se le anuncia la historia de la salvación, algo que aquella cultura no lleva en sí. De poner en el centro al hombre, se pasa a poner a Jesucristo, con todo lo que revela sobre Dios y sobre el hombre, sobre la relación entre los hombres y de éstos con Dios. Sin este anuncio no hay evangelización auténtica y completa. Las otras culturas no llegan a él por su dinámica interna. Hace falta alguien que lo anuncie. La cultura asimila y expresa en la fe otro nivel del mensaje y de sí misma. A partir de lo que es como cultura, ella vivirá a su modo la unidad de la fe que ahora comparte con otras culturas. Será la misma fe, el mismo bautismo, el mismo Jesús, el mismo Dios y el mismo hombre. Pero será vivido en la diversidad humana que caracteriza las culturas de los hombres.

4. Esta fe inculturada es la que deriva de una evangelización inculturada. El agente de esta evangelización, el portador del mensaje, así como el espacio cultural en que se produce, es la comunidad de fe que se hace y se llama Iglesia. Esta comunidad, ya sea como origen del proceso evangelizador o como destinataria de la evangelización que se hace parte de la Iglesia, camina en la historia, hace y tiene su historia. Esta comunidad que es la Iglesia es parte y objeto de la proclamación.

La Iglesia debe anunciarse a sí misma en su unidad y en su diversidad. Los agentes que la presentan y la comunidad cultural que los acoge y escucha inician y continúan el camino juntos. Establecen el clima de diálogo e interacción ya descrito. El resultado será la incorporación adulta y consciente, en la gran comunidad de fe que es la Iglesia, de una nueva comunidad de fe que es esta cultura en concreto, hecha Iglesia en el seno de la Iglesia. Sin dejar de ser ella misma esta cultura así evangelizada enriquece la Iglesia a partir de sí misma como cultura y de su interacción con el mensaje evangélico. Este enriquecimiento de la Iglesia tiene lugar con el incremento de la unidad de la fe y con un modo nuevo y propio de vivirla en una nueva cultura que también llega a ser Iglesia.

En este nivel la Iglesia es al mismo tiempo agente de evangelización, parte del mensaje y producto final como comunidad evangélica inculturada. Ella no se identifica con ninguna cultura pero se deja expresar en toda cultura. Ella, Iglesia universal, perfectamente presente de manera inculturada en toda Iglesia particular y local está constituida al mismo tiempo de la riqueza de la unidad en la diversidad integrada por todas estas iglesias.

Este cuarto nivel de evangelización inculturada nos ayuda a comprender el binomio Iglesia universal-Iglesia particular. La unidad se buscará en la comunión en la fe, en la esperanza, en el amor, en la comunión con el mensaje cristiano, en el sentido de

la Iglesia, que en todo lugar es al mismo tiempo particular y universal. La evangelización inculturada hace posible fe y cultura y hace presente la Iglesia universal en la singularidad cultural del contexto de cada Iglesia local. La evangelización no inculturada hace incompatible fe y cultura propia.

Estos cuatro niveles no son pensados separadamente y mucho menos organizados como etapas cronológicas. Son componentes integrantes de un único modelo, como funciones de un sistema. Son términos dinámicos de un único proceso. Esto quiere decir que la evangelización requiere tiempo, pues además las culturas se están continuamente transformando.

Hay que abordar también el cambio, que es algo exigido por la nueva evangelización. Hay que descentrarse empeñándose en la *Misión Ad Gentes*. No se trata sólo de un tema de las congregaciones misioneras de este tipo. Habría que tratarlo desde la perspectiva del desequilibrio de las personas en la Iglesia y las personas que podríamos tener una vocación más de frontera, de límite (VC 78). No podríamos estar tantos en los centros. Habría que descentrar la vida consagrada, lo cual supone un cambio institucional impresionante. Pero no se trata de dejar nuestros centros al Estado sino al laicado cristiano. El problema hoy día es de prioridades. La presencia de la Iglesia sobre todo en Asia e incluso en África es simbólica. La pregunta que surge es: ¿Dónde tiene que estar ubicada hoy la vida consagrada marianista? ¿Dónde tiene que manifestar el rostro de la misericordia del Señor?

Debemos encontrar el nuevo ardor del carisma. Hay que hacer que el carisma nazca en las nuevas culturas, porque la Iglesia está inculturada allí donde ella esté (VC 79s). Por eso la Iglesia tiene gran libertad para inculturarse en otras culturas. No se trata de trasplantar el carisma sino de que el carisma nazca en las nuevas culturas. Y cuando el carisma nace en nuevas culturas, nace con un nuevo ardor carismático. El Capítulo de 1986 hizo una primera aproximación a la inculturación del carisma marianista en otras culturas señalando lo que aportamos y lo que recibimos⁹. El último Capítulo General ha situado la Compañía de María en la perspectiva de la globalización o de la mundialización. La Compañía de María es una comunidad mundial y como tal habrá que considerar sus recursos humanos y materiales de cara a las nuevas fundaciones. Las Unidades tradicionales existentes no tienen hoy la capacidad de emprender aisladamente nuevas fundaciones. Hace falta una colaboración entre las diversas Unidades. En este proceso la Administración General juega un papel importante y, de hecho, es ella la que está invitando a las diversas Unidades a salir de una óptica demasiado local para abrirse a las necesidades de la Iglesia universal.

Los retos de las nuevas fundaciones ya existentes son numerosos: falta de recursos materiales, necesidad de formadores, inculturación del carisma marianista. Las Unidades tradicionales podrán colaborar en algunos aspectos, pero lo que no cabe duda es que la inculturación del carisma marianista depende de los religiosos de esas nuevas

⁹ Ofrecemos a las Iglesias locales *nuestra dedicación al trabajo de la formación del laicado, formación teológica y espiritual a la devoción popular mariana, el testimonio de una comunidad que vive en espíritu de familia, el modelo de la composición mixta.*

Nuestro carisma se enriquece *por el contacto con otras culturas que nos ofrecen sus modelos de acogida y hospitalidad, su valoración de la persona, de la amistad y las relaciones humanas, su fe y su devoción a María, llena de sencillez y sinceridad, su respeto a los padres y a los ancianos y sus fuertes lazos familiares, el testimonio de su paciencia y de su capacidad de sufrimiento ante las enormes dificultades que viven, una llamada a vivir en plenitud nuestra vida consagrada y a evaluar nuestra actitud ante los bienes materiales* (PNE 47-48).

fundaciones. Junto con los miembros de la Familia Marianista de esas Unidades tendrán que contribuir al nacimiento de un carisma encarnado que les permita vivir como marianistas y como hijos de su propia cultura.

4.7 Misión común y pluralidad de ministerios

La misión es común, es la misma para todos, pero se realiza a través de una diversidad de ministerios sacerdotales y laicales. El objetivo de la misión marianista es siempre la formación en la fe, sobre todo a través de la creación de comunidades de fe. El Capítulo de 2001 ha formulado todo y programa de acción para la Compañía de María. En nuestra congregación el apostolado es comunitario. La comunidad religiosa es una *unidad apostólica* que apoya, orienta y evalúa el trabajo de cada religioso (RV 68). Los religiosos marianistas trabajamos en diversas instituciones, unas de la Compañía de María, otras de la Iglesia, otras de la sociedad civil. Muchas de nuestras comunidades están al servicio de una obra concreta, colegial, parroquial, centro de espiritualidad, etc. Pero hay también comunidades en las que los miembros trabajan en diversas obras, algunas de titularidad no marianista. Todas deben buscar ser una unidad apostólica. 68. El primer paso es sin duda reconocer el trabajo de cada uno como un trabajo que enriquece la vida y la misión marianista. Por eso la autoridad provincial ha situado a ese religioso en esa tarea determinada. En la medida de las posibilidades hay que apoyarlo, aunque nada más sea con una palabra de ánimo, interesándose por él, dándole oportunidad para que se hable de él en la vida de comunidad. Si se le puede echar una mano en algún aspecto, tanto mejor. A veces el trabajo de algún marianista es tan técnico que no es fácil poder orientarlo y evaluarlo en sí mismo, pero siempre se puede descubrir lo que aporta a la vida de la Iglesia y de la comunidad y dar propuestas para que esto sea cada vez más eficaz. Es la aplicación de considerar la misión como un diálogo, un diálogo intracomunitario que nos evangeliza.

Al decir que el apostolado es comunitario no se quiere decir que todos tengan que hacer lo mismo, ni estar trabajando en la misma obra. Los apostolados individuales no están excluidos. Cada uno contribuye a la misión común en su manera propia (RV 70). Un carisma sólo existe en la medida en que acepta y dialoga con los demás carismas en la Iglesia. Pero también es verdad que, a la hora de elegir nuestras obras apostólicas, hay que dar prioridad a las que pueden beneficiarse de nuestra acción comunitaria y de nuestra composición mixta (RV 73). Nuestras obras serán siempre medios para la evangelización, para formar en la fe y crear comunidades de fe. Ese es el verdadero fin de la evangelización.